

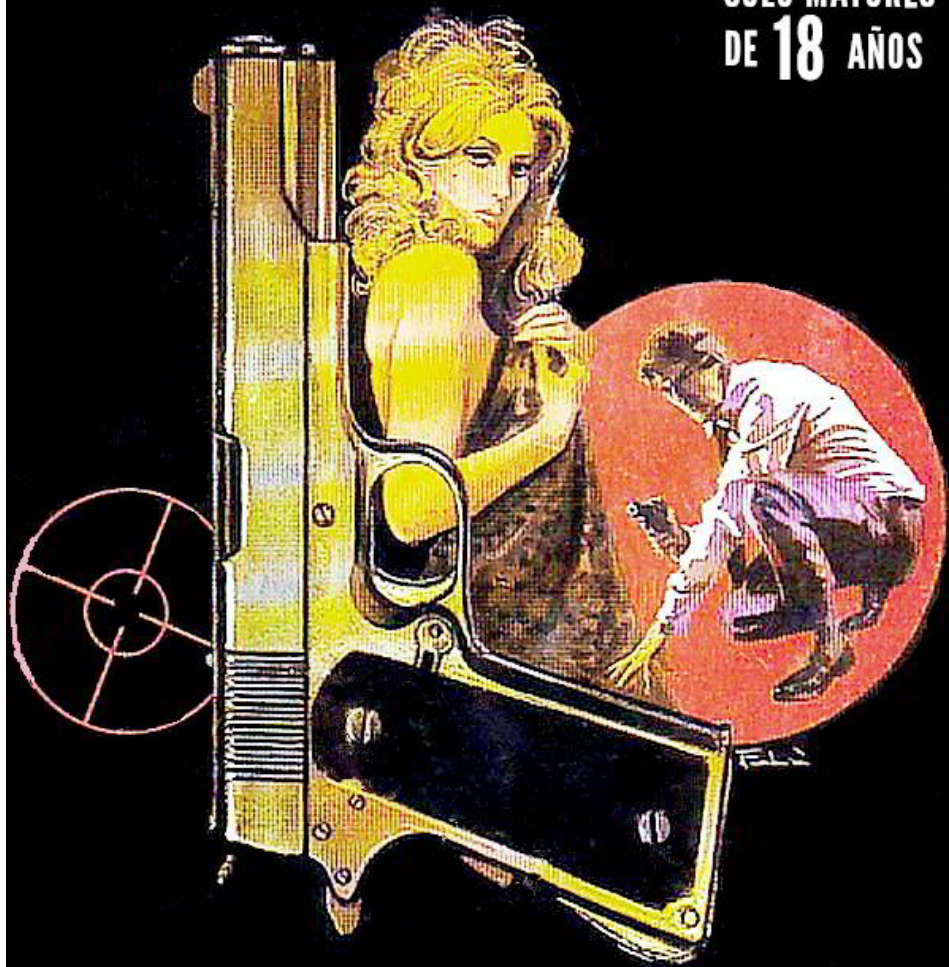
SERVICIO
SECRETO

SS

SHEILA ES LA CLAVE

Albert Rosbund

SOLO MAYORES
DE 18 AÑOS



Cuando aparecí por la oficina, la morena y escultural Daisy, quitándose el lapicero de la boca, me dijo:

—El jefe quiere verte.

—Gracias, monina.

Me dirigí hacia la puerta rotulada con la palabra «DIRECCION», golpeé con los nudillos y una bronca voz me invitó a pasar al momento.

James Widmark era el director-propietario de la compañía de seguros Todo Está Cubierto para la cual yo trabajaba como detective. Se encontraba sentado tras su monumental mesa escritorio de nogal, jugueteando con un sobre y el semblante preocupado.



Albert Rosbund

Sheila es la clave

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1568

ePub r1.0

Lds 28.01.19



Título original: *Sheila es la clave*

Albert Rosbund, 1980

Cubierta: Salvador Fabá

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





**SERVICIO
SECRETO**



CAPÍTULO PRIMERO

Cuando aparecí por la oficina, la morena y escultural Daisy, quitándose el lapicero de la boca, me dijo:

—El jefe quiere verte.

—Gracias, monina.

Me dirigí hacia la puerta rotulada con la palabra «DIRECCION», golpeé con los nudillos y una bronca voz me invitó a pasar al momento.

James Widmark era el director-propietario de la compañía de seguros Todo Está Cubierto para la cual yo trabajaba como detective. Se encontraba sentado tras su monumental mesa escritorio de nogal, jugueteando con un sobre y el semblante preocupado.

Era un hombre cincuentón y robusto, de pelo entrecano, cejas espesas, ojos oscuros y nariz como una alcachofa.

—¿Qué hay, señor Widmark? —pregunté, jovial.

Sus gruesos labios deshicieron el grave rictus para replicar secamente:

—Siéntese, Carter.

Lo hice, sin alarmarme demasiado por su serio comportamiento. En los dos años que llevaba trabajando para él, nunca le había visto sonreír, ni siquiera pronunciar una frase amable. Era de esos hombres que parecen haber dejado el humor en la placenta, el día de su nacimiento.

—Ahí tiene —me lanzó el sobre.

Lo tomé al vuelo y lo abrí con curiosidad. Mis ojos bailotearon alegres al ver unos cuantos billetes de veinte dólares en el interior.

—¿Por qué? —pregunté, encarándole.

—Alquile un *smoking* y póngase elegante, Carter. Esta noche va a

una fiesta de gala.

—¡Diablo!

No hizo caso de mi exclamación y prosiguió con su sempiterna sequedad:

—¿Ha oído hablar de Sheila Ransom? Es una joven que hoy cumple su mayoría de edad y a la vez entra en posesión de una elevada fortuna. Bien, eso es secundario, sólo para que se haga una idea del ambiente. Lo que nos ocupa y preocupa es que en la fiesta que se celebra esta noche, va a lucir el collar *Braddock*, que anteriormente perteneció a su madre y que por su alto valor, más del cuarto de millón de dólares, siempre se halla guardado en una caja fuerte. Como ya se habrá imaginado, el seguro de esa joya está realizado por nosotros. Y quiero que un hombre vigile su aparición en público durante unas horas, esta noche. El hombre es usted, Carter.

No se me ocurrió objetar nada. Acepté el trabajo, me despedí y salí, llevando en un bolsillo de la chaqueta tanto el dinero como un papel mecanografiado con los datos adicionales del encargo.

—¿Quedamos para esta noche? —me propuso la pícara Daisy.

—Lo siento, encanto. No puedo.

—¿Quién es ella, bribón?

—Braddock.

Se quedó perpleja, y yo aproveché para apoyarme en la mesa, alargar el cuello y estamparle un beso en los labios. Los dos nos quedamos durante un largo rato colgados en el paraíso. De pronto escuché una puerta al abrirse y una bronca voz que gritaba:

—¡Señorita Daisy! ¿Es que no oye el interf...? ¡Carter! ¿Qué hace aún aquí?

Salí a todo gas de la antesala, sin volver la cara. La pobre Daisy ya se encargaría de darle las explicaciones pertinentes al ogro.

Lo primero que hice fue dirigirme a una tienda de trajes para alquilar el *smoking*. Al contemplarme en el espejo, durante la prueba, no pude evitar una exclamación de asombro:

—¡Cuerno, parezco un caballero!

El empleado me miró con una blanda sonrisa.

—Tiene usted un gran tipo, señor.

Le envié al diablo de los gays. Con el *smoking* en el coche, decidí acercarme a la redacción del *Covrier*. No me fue difícil localizar a

Glenda Farrow, la encargada de la columna de cotilleo social y amiga mía.

—¡Ross, cuánto tiempo sin verte! —exclamó, y me estampó un sonoro beso.

—Te invito a una copa.

—Vale.

Nos fuimos a un bar cercano al edificio del periódico. Con el vaso mediado de licor y mirándome fijamente, ella me preguntó:

—¿Qué deseas saber?

Sonreí.

—Eres muy lista.

—Una mujer como yo no puede esperar ya una proposición de un hombre como tú...

En buena parte era cierto. Glenda Farrow tenía ya sesenta años de edad y su cuerpo había encogido bastante. Nuestro conocimiento databa de un año atrás, cuando la actriz Marsha Flower había asegurado sus hermosas piernas. Ella iba detrás de la noticia y yo detrás de los remos.

—Bueno, ya sabes que yo no me trato con la gente de altura, normalmente. El jefe me ha encargado no quitarle el ojo al collar *Braddock*. ¿Lo conoces?

—Por supuesto. Y sé quién es la dueña.

—Sheila Ransom.

—Exacto. Esta noche estaré en su fiesta, precisamente.

—Yo también. Quiero que me hables de esa gente, para saber un poco dónde me voy a meter y con quién voy a tratar.

—No me pides mucho —apuró el contenido del vaso y lo depositó sobre el mostrador—. ¿Oíste hablar de la familia Ransom?

—Apenas nada. Sé que es una familia de postín. Tienen pasta y todo eso.

—La verdad es que empezaron desde abajo, como muchos. El primer paso lo dio el abuelo de Sheila, John Ransom. Montó un negocio de chatarra y la cosa no le fue del todo mal, consiguió situarse. Este negocio fue a parar a manos de sus hijos, John y Lon. El primero tenía madera de poderoso industrial, el segundo, por el contrario, gustaba de la juerga y las mujeres. Un buen día Lon decidió venderle su parte a su hermano para poder seguir viviendo a lo grande, pues el primero no estaba dispuesto a trabajar como un

negro para que el otro se llevara el cincuenta por ciento de los beneficios bonitamente. Esto sucedió cuando John ya se había casado con Debra Winter y tenían su hijita, Sheila. John y Lon se separaron y cada uno fue por camino distinto. John consiguió con el tiempo convertirse en uno de los más fuertes industriales y Lon en uno de los más mundanos

play-boys

. Hace dos años John y Debra Ransom perecieron en un trágico accidente de aviación, junto con otras ciento y pico personas, un vuelo de Chicago a New York. Según el testamento la heredera de todo era su hija Sheila, la cual entraría a tomar posesión a su mayoría de edad, haciendo las veces de tutor Fess Anderson, el abogado de la familia...

—¿Y al

play-boy

no le dejaron nada?

—Bueno, sí algo, que supongo que ya habrá derrochado. Y también a una sobrina, hija de una hermana de Debra...

—Ahora háblame de Sheila.

—Es una joven muy guapa y desenvuelta, que hoy cumple los dieciocho años de edad y entra en posesión, al mismo tiempo, de una considerable fortuna. Es hija única. Al parecer, según rumores que corrieron en aquella época, Debra Winter Ransom tuvo un parto difícil y quedó estéril, no pudiendo tener más hijos. Por tanto, al ser hija única, creció en un ambiente bastante mimado, pero es simpática y agradable, no se lo tiene tan creído como otras de su edad y condición. Yo he hablado con ella en varias ocasiones y nunca tuve problemas. Tiene muchos jóvenes moscones a su alrededor...

—Lo supongo. Una boda con una chica así...

—No sólo lo digo por su fortuna, también por su belleza. Cuando la veas, seguro que te enamoras de ella.

—Las niñas no son mi negocio —deseché rápidamente.

Ella sonrió, burlona.

—¿Cómo será el ambiente esta noche? —Cambié el giro de la conversación.

—Te lo puedes imaginar. Allí estará reunida la flor y nata de la alta sociedad, todo el mundo dispuesto a halagar a la muchacha.

A las ocho de la noche, ya cenando, embutido en mi *smoking* negro, alquilado, que me hacía sentir como un marciano dentro de un traje de buzo, llegué hasta las inmediaciones del Hester Bank. Según mis datos, allí debía encontrarme con los enviados de la rica heredera que iban a recoger la preciada joya que se hallaba depositada en una de las cajas de seguridad de la entidad bancaria.

El vigilante nocturno entreabrió la puerta esgrimiendo un revólver que me apuntó al rostro. Forcé una sonrisa, me identifiqué y al momento me franqueó el paso.

—¿Es usted Ross Carter? —me preguntó un hombre de unos cincuenta y cinco años de edad, alto y fibroso, de facciones angulosas y ojos negros y pequeños. Vestía tan elegantemente como yo.

—Sí.

—Soy Fess Anderson, abogado y tutor de Sheila Ransom. Encantado de conocerle —me alargó su diestra, que yo estreché con fuerza.

A continuación me presentó a los otros hombres que estaban con él. Uno, el bajito y rechoncho, de mediana edad y muy sonriente, era el director del banco, con quien Anderson tuvo palabras de afecto y gratitud por su generosidad y atención al haber dado toda clase de facilidades para la recogida del valioso collar. Si no hubiera sido por su gestión personal, la joya habría tenido que ser recogida a la hora de cierre del banco, con lo cual, durante unas horas, hasta el momento de lucir en el cuello de la rica heredera, habría carecido de la seguridad gozada en el banco.

Los otros dos hombres llamaban la atención poderosamente al lado del director del banco: altos, fuertes, jóvenes, de rostro duro. Eran dos guardaespaldas contratados por Fess Anderson personalmente, de su propio peculio, por si las moscas. Al parecer el abogado no se contentaba sólo con el representante de la compañía de seguros.

—Bien. Procedamos.

El director del banco dio una cabezada y procedió, tras la firma de un documento por parte del tutor que ejercía por última vez tal función. Extrajo el estuche de piel en el que se encontraba metida la joya. Al verla, a punto estuve de quedar ciego. Era un collar

realmente maravilloso, extraordinario y cuantos adjetivos gusten y se les ocurra. Imposible que existiera algo igual. Las piedras preciosas refulgían de una forma que hipnotizaban.

Tras la breve contemplación, los cinco nos dirigimos entonces hacia la salida. El vigilante nocturno y los dos guardaespaldas se asomaron. Sólo regresó el interior el primero, dando el visto bueno.

Y salimos.

Nada pasó. La noche aparecía serena, apacible. Ellos subieron a un Lincoln Continental, y yo les seguí con mi modesto utilitario que poco juego hacia con mis ropas. Por el camino pensé que debía haber alquilado también un Cadillac.

La finca de los Ransom se encontraba en Long Island, en el condado de Suffolk, cerca de Bay Shore. Después de haber dejado atrás Brightwatersy doblar una curva, la vi. Con todas sus luces encendidas, parecía una vieja mansión encantada, perdida en la noche.

Pero no. Era una moderna construcción de tres plantas, rodeada de hermosos jardines, una piscina y una pista de tenis, según pude comprobar cuando franqueamos la verja de entrada y rodamos por un camino asfaltado. También había otras edificaciones laterales, como una cochera y un invernadero.

Al aparcar, mi auto quedó perdido, absorbido, por tanto cochazo imponente. Me reuní con los otros y entramos en la casa como un extraño cortejo. Fess Anderson abría la marcha para que nadie nos molestara.

La gente era atendida en el vestíbulo por un par de guapas y elegantes doncellas que se hacían cargo de sus ropas. Luego, se repartían por los fastuosos salones entre variados comentarios, siendo atendidos en todo momento por camareros que portaban bandejas con bebidas y toda clase de canapés y cosas de picar.

Nosotros tomamos el camino de la escalera alfombrada que partía del centro del amplio vestíbulo, sin que pudiera apreciar muchas cosas más. Luego caminamos por un corredor, todo esto ya con la pérdida de una unidad, el director del banco, que se había quedado en el **hall** en compañía de un matrimonio amigo. Finalmente nos detuvimos ante una puerta de madera noble, Fess Anderson golpeó con los nudillos y una voz femenina nos invitó a pasar.

El abogado dirigió una mirada a los guardaespaldas para que permanecieran allí quietos, vigilando la puerta, y por fin entramos él y yo.

Y así conocí a Sheila.

CAPÍTULO II

Me llevé una gran sorpresa, debido a la idea que me había formado de ella. Pensaba en una muchachita de dieciocho años no formada físicamente todavía, tal vez con algunas pecas y restos de aire infantil.

Todo lo contrario.

Sheila Ransom parecía haber alcanzado la madurez prematuramente. Era alta, esbelta, hermosa. Poseía un rostro ovalado, enmarcado por unos cabellos largos, rubios, ondulados. Sus ojos eran grandes, rasgados, del color de la miel. Su nariz, recta y fina. Su boca, dos labios gordezuelos, rojos y húmedos, bellamente dibujados. No había ya ningún vestigio de su época adolescente. Era la faz de una subyugante mujer.

Como el propio cuerpo. Lleno y de curvas armoniosas: un busto alto y firme, de senos redondos y una cintura más bien estrecha que luego daba paso a unas rotundas caderas en forma de ánfora griega, unas nalgas prietas y redondas y unas piernas largas, finas torneadas, que se sostenían sobre unos zapatos de tacón alto.

Inmediatamente me acordé de las palabras de Glenda Farrow y tuve que reconocer que llevaba toda la razón del mundo. ¡Ya estaba enamorado de ella!

Nuestros ojos se encontraron unos instantes, pero nada más. En seguida se dirigió hacia el abogado, exclamando muy familiarmente:

—¡Tío Fess, qué rápido has sido...!

Fess Anderson sonrió y le dio un beso en la mejilla. Luego procedió a presentarme:

—Éste es Ross Carter, el encargado por la compañía de seguros Todo Está Cubierto para la vigilancia del collar... Ella es Sheila

Ransom.

—Encantada, señor Carter —me alargó la diestra.

Estaba tan impresionado que mis palabras fueron ininteligibles. Su mano era pequeña y cálida.

—A los dos hombres que contraté personalmente, ya los conoces, te los presenté esta tarde —agregó el abogado—. Están en la puerta.

—Muy bien —dijo ella.

Fess Anderson abrió entonces el estuche. Los ojos de Sheila Ransom se agrandaron llenos de admiración al contemplar la preciada joya.

—¡Oh!

—Es hermosa, ¿verdad?

—Sí, tío Fess. Sólo la recuerdo de habérsela visto lucir en un par de ocasiones a mi madre. Estaba deseando que llegara el momento de poderla llevar yo.

—Tú y ella vais a formar una pareja ideal.

Ella sonrió.

—¿Me permites?

—Sí.

El abogado tomó el collar con sumo cuidado y se situó detrás de la joven para colocárselo. Nuevamente nuestras miradas quedaron frente a frente, escrutándose. Me dije que eran los dieciocho años más explosivos que me había dado la Madre Naturaleza a contemplar.

—¡Ya está!

La exclamación de Fess Anderson, tras cerrar el broche, rompió el encanto. El collar había quedado perfecto sobre el generoso escote de la joven, adornándolo de una forma tentadora y maravillosa. Parecía que su tersa y blanca piel brillara toda ella.

Sheila Ransom corrió a mirarse en el espejo.

—Serás sin lugar a dudas la mujer más hermosa de la fiesta, ¿verdad, señor Carter?

—¿Eh? Sí... ¡Sí! —exclamé finalmente, saliendo de mi atontamiento.

Ella sonreía radiante, feliz.

—Hoy va a ser el mejor día de mi vida.

—Bien. Creo que ha llegado el momento —le ofreció su brazo

Fess Anderson—. Señor Carter...

Comprendí que debía abrir la puerta y salir.

—Vayan ustedes delante —dijo el abogado, cuando ya estuvimos fuera.

Los dos guardaespaldas y yo echamos a andar por el largo corredor. Cuando llegamos al vestíbulo, observé que la gente se había apelotonado en el salón principal, esperando ansiosa la llegada de la rica heredera.

La aparición de Sheila Ransom del brazo del hasta ahora su tutor causó verdadero impacto. Los comentarios cesaron como si hubieran sido cortados por un afilado cuchillo. Luego se rompió en aplausos. Todos comenzaron a acercarse para felicitarla y decirle lo guapa que estaba. Nadie dejó de mirar, al menos un instante, el collar que lucía. Los dos hombres contratados por Fess Anderson se las veían y deseaban para vigilar aquella avalancha.

Yo me mantenía un poco al margen. A mí lo único que me interesaba y preocupaba era el collar. Mientras siguiera viendo su brillo en el cuello de ella...

Más tarde, me encontré con Glenda Farrow.

—Hola, bribón.

Me estampó otro de sus sonoros besos. Por encima de uno de sus hombros vi a Sheila Ransom que en esos momentos nos miraba. Sonreía burlona.

—¿Qué hay?

—A ver lo que se chismorrea.

—Realmente tienes mucho material.

—¿Qué te parece?

—¿La fiesta? Muy bien...

—No te hagas el idiota. La chica.

—Oh —la volví a mirar rodeada de jóvenes admiradores—. Muy hermosa.

—Te lo dije.

La música comenzó (yo no vi músicos por ningún lado, así que imaginé que debía tratarse de un

play-back

) y el baile se inició con la intervención de Sheila y el abogado-tutor.

—Parece que se quieren mucho —comenté con soma.

—Fess Anderson la conoce desde niña —me explicó Glenda Farrow—. Desde que murieron sus padres, él ha sido como un segundo padre.

—¿Y el tío?

—Ése siempre ha estado lejos, con su vida de *play-boy*

a cuestras. Sólo visitaba a la sobrina cuando le hacía falta algo de dinero.

—Pero ¿ha venido a esta fiesta?

—Ahí lo tienes.

Era precisamente quien había tomado el relevo de Fess Anderson. Me fijé en él. Era un hombre de cuarenta años, al menos eso aparentaba, aunque tal vez pudiera tener alguno más. Alto, de excelente presencia física, muy moreno y elegante.

—Y ése es Hank Lowell, el director-gerente de la empresa Ransom.

Se trataba de un hombre de estatura mediana, al igual que su edad. Llevaba el pelo largo y rizado, luda un espeso bigote sobre el labio superior y su rostro era huesudo y alargado.

Cuando acabó la música, los camareros reaparecieron con nuevas bandejas llenas de bebidas y canapés. La masa se disolvió un poco al repartirse por los otros dos salones contiguos. El murmullo se hizo ensordecedor.

Glenda se despidió de mi para confundirse entre la gente con sus antenas dispuestas a captarlo todo. Yo seguí con la mirada el brillo del collar. Sheila Ransom no estaba en ningún momento sola.

Fess Anderson se cruzó un instante conmigo.

—Todo bien, ¿eh?

—Si.

Se alejó sonriendo satisfecho.

Cuando traté de encontrar el brillo del collar, no lo hallé por ningún lado.

Me inquieté.

—¿Se aburre? —dijo entonces una voz a mis espaldas.

Giré sobre mis talones respirando aliviado. Ella me sonreía dulcemente, con una copa en cada mano.

—Menudo susto me ha dado —dije.

—¿Por qué?

—No la veía y...

—Oh. Lo siento.

—Me alegro de verla.

—Tome —me ofreció una de las copas—. Le veo un poco triste y aburrido.

—No crea. Me lo estoy pasando muy bien.

—¿Seguro?

Ella también bebió. Algunos pasaron y la saludaron. Ella correspondió; luego me preguntó:

—¿Le gusta su trabajo?

—Por supuesto que sí. Y desde luego el de hoy aún mucho más —la miré fijamente.

Ella ensanchó su sonrisa.

—Me hace gracia tanta vigilancia —dijo—. Ni que nos hubieran amenazado con robar el collar.

—Con una joya de ese calibre todas las precauciones son pocas, señorita. Por ejemplo, mi jefe prefiere gastarse unos dólares conmigo y asegurarse de que nada ocurre... que luego tener que pagarle a usted el seguro. ¿Entiende?

—Sí, claro.

—Y supongo que su tío Fess habrá pensado que una joya así debe ser estrechamente vigilada. Hoy día hay mucho desaprensivo suelto.

—Sí, sí... Pero aquí, en mi propia casa, con tanto invitado... ¿quién se va atrever? Es imposible. Los hombres de tío Fess han sido contratados sobre todo para custodiar el collar durante los traslados, es decir, del banco aquí y luego de aquí al banco.

—Lo lógico es que nada suceda.

—Y nada sucederá. ¡Salud!

Entrechocó su copa con la mía y después bebió.

—No se tome tan a pecho su trabajo de guardián y diviértase, señor... ¿Carter?

—Sí. Ross Carter.

—Mire, ahí viene Eve. ¡Eve!

Era una chica de veinte años, morena, que vestía un ajustado traje color lila que amenazaba estallar de un momento a otro.

—Le voy a presentar a mi prima, Eve Tyler. Eve, éste es el señor Ross Carter. Espero que hagan buenas migas. He de saludar a otras

personas. Adiós.

—No se vaya muy lejos.

—Antes le avisaría.

La prima de Sheila poseía unos hermosos ojos verdes y una boca ancha que dejaba ver una hilera de dientes blancos, perfectamente alineados.

—¿Es usted amigo de Sheila? —preguntó.

—La acabo de conocer esta noche.

—¿Cómo es eso?

Se lo expliqué mientras mis ojos seguían los pasos de la rica heredera.

Eve Tyler resultó ser una chica agradable, de fácil conversación. Me contó que era hija de Leonard Tyler y Edna Winter, hermana de la madre de Sheila. Estaba huérfana, como su prima, y gracias a que dominaba lenguas latinas como el francés, el español y el italiano, trabajaba como azafata y traductora en congresos. Su padre había sido un sencillo jefe de ventas de una pequeña editorial. Se le adivinaba cierta envidia por el ambiente en que vivía su prima.

Luego vinieron unos jóvenes amigos y se la llevaron. Mis pupilas seguían fijas en el collar. Sheila Ransom continuaba siendo el centro de atención de la fiesta. El tiempo transcurrió para mí de una forma lenta y monótona. Fess Anderson me saludó un par de veces más, muy contento de cómo se desarrollaban las cosas. Sus guardaespaldas y yo intercambiamos de vez en cuando gruñidos de resignación.

Todo en esta vida tiene su final, y la fiesta no quiso ser menos. Los invitados se despidieron y comenzaron a desfilar organizadamente. Los tres salones se fueron quedando vacíos y silenciosos.

Cuando Sheila Ransom dio el último beso y dijo el último adiós, Fess Anderson, sus dos hombres contratados, ella y yo formamos el singular cortejo, encaminando nuestros pasos escaleras arriba, mientras los invitados más remolones se agolpaban en el vestíbulo esperando les trajeran sus ropas de abrigo.

Por el camino, Fess Anderson y Sheila Ransom no dejaron de comentar lo bien que había estado la fiesta. Ella se sentía la mujer más dichosa del mundo.

—Nunca olvidaré este día —no cesaba de repetir, cogida

cariñosamente del brazo de su hasta ahora tutor.

Fess Anderson tampoco se le quedaba a la zaga y parecía gozar como si fuera su propia hija.

Finalmente llegamos ante la puerta que daba a la habitación particular de la joven. Los dos guardaespaldas se quedaron a la entrada, como en la anterior ocasión, y los demás entramos.

Yo fui el último. Nada más cerrar la puerta, Sheila corrió al espejo a contemplarse y comentó:

—¡Qué pena tener que desprenderme de ella!

—No se preocupe. Nosotros se la cuidaremos —dijo entonces una bronca voz, y de detrás del biombo aparecieron dos hombres empuñando sendas pistolas.

CAPÍTULO III

Los tres nos quedamos de piedra, totalmente sorprendidos por aquella inesperada aparición.

—¡Nada de ruidos o gritos!

—¡Manos arriba!

—¡El que haga una tontería, muere!

—¡No nos importa disparar si es necesario: llevamos silenciador!

Las advertencias nos llegaron rápidas, secas, concisas, autoritarias. Los dos hombres vestían elegantes *smokings* y podían ser un par de invitados a la fiesta. Cada uno de ellos cubría el rostro con una media que le desfiguraba.

También actuaron con diligencia. Todo lo debían llevar muy bien planeado. Se movían como autómatas.

Uno de ellos se guardó la pistola y extrajo un rollo de cuerda y otro de esparadrapo del bolsillo. Primero me llamó a mí, y me ató y me tapó la boca rápida y hábilmente, dejándome tirado en un rincón. Luego hizo otro tanto con la asustada Sheila, pero cuando ella se reunió conmigo el collar ya no adornaba su cuello.

A Fess Anderson lo trataron de otra forma. El de la pistola le indicó que se aproximara a la puerta y llamara a los dos tipos que estaban fuera.

—Y cuidado con pasarse de listo —le advirtió gravemente el ladrón.

Fess Anderson obedeció sin rechistar. E inmediatamente entraron en la habitación los dos guardaespaldas que había contratado. La sorpresa que se llevaron no fue menor que la nuestra.

Les hicieron levantar los brazos y los registraron. Éstos eran más importantes que yo: cada uno llevaba un revólver de pequeño

calibre. Luego pasaron a las manos del tipo de la cuerda y el esparadrapo.

Finalmente todos quedamos inmovilizados, con la boca cerrada. Los dos ladrones nos dirigieron una mirada, dando el visto bueno, supongo. Se miraron entre sí y salieron tranquilamente de la habitación. Les imaginé quitándose las medias de la cara, guardándoselas en el bolsillo y confundiéndose con los últimos invitados a la fiesta, saliendo tan ricamente de la finca.

Los cinco nos encontrábamos totalmente inútiles. Lo único que podíamos hacer era mirarnos con cierta consternación. Fess Anderson era el que más rabiaba, tenía los ojos inyectados en sangre. Sheila tenía la tez más blanca de lo habitual y las pupilas algo agrandadas, el miedo no se le había pasado. Los dos guardaespaldas parecían los más serenos, demostraban profesionalidad, al menos estar habituados a situaciones como éstas: era el oficio.

Yo forcejeé con mis ataduras, por aquello de hacer algo, pero no conseguí nada. Los otros tampoco. Por fin alguien llamó a la puerta.

—Señorita Sheila! —Era una voz de mujer—. ¡Señor Anderson! ¡Les están esperando sus familiares y amigos íntimos en el salón biblioteca!

Todos imploramos porque a la mujer se le ocurriera entrar al no recibir contestación.

Fue lo que hizo.

—¡Oh! —exclamó aterrada, llevándose las manos a la boca.

Los cinco a la vez emitimos curiosos gruñidos para que no se quedara quieta como una tonta y se apresurara a soltarnos. La mujer comprendió y reaccionó con prontitud.

Nada más libres, la rabia del abogado salió a relucir, encarándose a los hombres contratados:

—¡Maldita sea! ¡Son ustedes unos ineptos!

Los tipos no replicaron. A mí me miró también de la misma manera, pero no me dijo nada, ya que no era mi jefe. Pero pensé en el señor Widmark y compuse una mueca.

—¡Vamos! —tronó.

Los dos guardaespaldas salieron trotando tras él.

—No conseguirán nada —dije, al lado de la todavía asustada Sheila—. Esos tipos vestían como la mayoría de los invitados

masculinos a la fiesta, tanto a la ida como a la vuelta han pasado de incógnito. Y seguro que a estas horas ya se encuentran fuera de la finca.

—¿Cómo fue? —No cesaba de preguntar la mujer que nos había librado y que no era otra que una tal señora Falk, la ama de llaves. Tenía ya medio siglo de existencia, los cabellos blancos y un rostro bondadoso.

Sheila se lo explicó a balbuceos, sin todavía recuperarse del todo. Yo traté de calmarla, y luego los tres bajamos.

En el salón biblioteca se encontraban el tío, la prima, el director-gerente de la empresa Ransom, el director del banco y un par de matrimonios amigos íntimos. Por las caras adiviné que ya habían sido puestos en antecedentes. Fess Anderson se hallaba junto al teléfono estableciendo conexión con la policía. Después, a sugerencia mía, llamó a mi jefe.

Los dos hombres contratados por el abogado entraron con cara de circunstancias.

—Ya se fue todo el mundo.

—Los empleados no recuerdan nada. Nadie en especial llamó su atención.

—¡Estamos apañados! —exclamó furibundo Fess Anderson.

La joven Sheila se había dejado caer en una butaca, blandamente.

Todos nos miramos unos a otros, sin saber qué decir. La policía no se hizo rogar y llegó con una rapidez inaudita. El que llevaba la voz cantante del grupo era un hombre robusto, de facciones caballunas y pelo entrecano que se presentó como el teniente Thomas Lancaster, de la Brigada de Robos.

En seguida pidió la versión de los hechos. Fess Anderson dio un paso adelante y comenzó el relato. Thomas Lancaster sopesó lo escuchado y luego ladró unas cuantas órdenes y sus silenciosos muchachos se pusieron a trabajar: unos subieron arriba con un maletín para tomar huellas y husmear en la habitación del delito, otros comenzaron a repartirse el personal allí reunido para interrogarlo.

—¡Oiga! —saltó al momento Lon Ranson, el
play-boy

—. ¿Es que acaso sospechan de nosotros? Ninguno de nosotros pudo

ser, estábamos aquí reunidos largo rato, esperándoles para tomar la última copa y despedirnos. Además, hubiera sido suicida. A pesar de ir con una media, mi sobrina me hubiera reconocido en seguida. E igual les habría pasado a los demás.

El teniente esbozó una sonrisa.

—Nadie sospecha de ustedes, señores y señoras. Es un simple trabajo de rutina, de toma de datos. Luego también le pediremos una lista de invitados a la señorita y a los demás también les preguntaremos. Por ejemplo, tal vez alguno se fijara en alguien que le resultara no sólo desconocido sino también sospechoso. Es de suponer que los ladrones no son distinguidos invitados de la señorita Ransom —dijo esta frase marcando mucho las palabras—. Posiblemente se colaron de bulto entre los invitados, subieron arriba, esperaron a que regresara la señorita Ransom y dieron el golpe, marchándose seguidamente con los últimos invitados que abandonaron la finca. Éstos, precisamente, son los que más nos interesan. Como también los camareros y doncellas que pueden haberse fijado en algún detalle especial. Así que les ruego encarecidamente nos dejen hacer nuestro trabajo y colaboren lo más posible. ¿De acuerdo?

Nadie rechistó. La labor policial se puso en funcionamiento y duró largas horas. Antes de que finalizara, apareció por allí mi jefe.

Venía sudando.

Primero saludó a Sheila Ransom y a su abogado-tutor. Luego me buscó con la mirada y cuando me encontró, corrió hacia mí.

—¡Carter! —chilló—. ¿Dónde diablos estaba usted?

—Lo siento, señor Widmark. Si ya conoce la versión de los hechos, sabrá que fuimos sorprendidos. Quién iba a imaginar que realmente alguien se propusiera robar el collar en la misma finca y además en la propia habitación de la señorita Ransom. Por otro lado, esos tipos no dieron oportunidades. Empuñaban pistolas.

—¡Me importa un bledo todo ese rollo que me acaba de soltar, Carter!

—Es la verdad.

—¡La verdad es que el collar *Braddock* ha sido robado y que mi compañía, si no aparece, tendrá que pagar un riñón!

—Aún no ha sucedido eso.

—Pero es probable que suceda.

—No hay que ser pesimistas.

Mi jefe resopló.

—¡Carter: le recomendé este trabajo para evitar que pasara esto precisamente!

—Lo sé, pero... —Me encogí de hombros—. Además, de nada vale lamentarse ahora.

—¡Maldita sea su sangre fría! ¡Cómo se nota que no es su dinero el que va a pagar la póliza!

Sheila se aproximó a nosotros, conciliadora. Al parecer había estado observando la escena y escuchado algo.

—Por favor, señor Widmark —le tomó de un brazo—. El señor Carter no pudo hacer nada.

Mi jefe se amansó ligeramente.

—Si usted lo dice...

—Yo fui testigo de excepción. Fue algo imprevisible, que nos cogió de total sorpresa. ¿De qué hubiera servido que su empleado intentara algo, una vez dieron la cara los ladrones? Habría muerto, nada más que eso. Y una vida humana es algo más importante que una joya, por mucho collar

Brad-dock

que se trate...

Las últimas palabras de ella me produjeron una honda emoción. El señor Widmark no supo qué decir y terminó por agachar la cabeza.

—No se preocupe, jefe —dije, mirándole fijamente a los ojos—. Usted no pagará nada. Yo recuperaré ese collar... —Y dirigiéndome a Sheila—: Y usted lo volverá a lucir sobre esa hermosa piel.

CAPÍTULO IV

Yo no había prometido en vano. Soy de los que cumplen. O al menos lo intentan.

Por otro lado, en este escabroso asunto había un aliciente especial: Sheila. Meterme a resolverlo significaba volverla a ver.

Al día siguiente, pues, aunque me levanté tarde, de inmediato me puse al trabajo. Dado que en muchas ocasiones me había visto en situaciones similares, yo ya tenía mis contactos. Por ejemplo, ex delincuentes y peristas. Así que entretuve el día visitándolos y dando la voz de alarma.

Entre los que habían desarrollado el «oficio», no encontraban el *modus operandi* significativo de alguien en especial. Y había opiniones diversas.

Según Mac Donald, un tipo de manos finas y oídos de lince, lo podía haber hecho cualquiera con un poco de arrestos, no le parecía un trabajo de habilidad sino de arrojo. Porter, un esmirriado que era capaz de colarse por el agujero de una cerradura, opinaba que el robo podía ser obra de gente de altura, especialistas natos, con todo bien estudiado y abundante sangre fría; ningún ladrón del tres al cuatro, por muy desesperado que esté, se mete a robar en la finca de los Ransom de ese modo. Por último, Lovely, *el Dandy*, me apuntó la posibilidad de que alguien de dentro hubiera facilitado los detalles.

Los tres me prometieron que husmearían en sus ambientes habituales a ver qué se comentaba.

Más tarde hablé con los periodistas. Ninguno sabía nada del collar, era demasiado pronto. Desde luego era una pieza que les corría la boca de gusto, pero también reconocieron que sería muy difícil de colocar.

—Seguro que la desmontarán —opinó Carmady, quien poseía una tienda de antigüedades—. Perderá valor, pero habrá menos posibilidades de que los atrapen.

—Incluso creo que intentarán venderla lejos de aquí —añadió Perkins, cuya tapadera era un bar con el cual sólo sacaba para tabaco.

De todas formas, estarían alerta.

Aquellas visitas me costaron un río de dólares. Todo el mundo quedó contento del tío Ross.

Esa noche dormí soñando con Sheila y la idea que me había apuntado Lovely *el Dandy*.

Por eso, a la mañana siguiente, para matar dos pájaros de un tiro, me presenté en la finca de los Ransom.

La señora Falk, muy amablemente, me indicó que la joven se encontraba en la piscina.

Fui allí.

A la primera persona que vi fue a Lon Ransom, echado sobre una tumbona, tomando el sol del mediodía. Abrió un ojo al escuchar mis pasos, me vio y saludó, pero continuó sin moverse. Yo seguí adelante.

Sheila se encontraba nadando en el centro de la piscina con una brazada fácil y rápida.

—¡Hola! —grité.

Ella detuvo sus movimientos y giró el rostro para mirarme. En seguida se aproximó al borde de la piscina donde yo me encontraba.

—¿Qué hay, señor Carter? —preguntó, resoplando y parpadeando repetidamente.

—Quiero hablar con usted.

—Un momento.

Nadó hasta la escalerilla y subió. El bikini amarillo estaba formado por unos ridículos trapitos que apenas cubrían su anatomía de diosa, perfecta, rabiosamente excitante. Deseé convertirme en aquellas gotitas de agua que resbalaban por su piel, por sus curvas.

Tomó una toalla y se acercó secándose. Su manera de andar, la forma en que se movía su cuerpo, era ya un hechizo.

—¿Qué me cuenta, señor Carter?

No dije nada.

—¿Hay alguna novedad? —siguió preguntando.

—Eh... No —salí de la abstracción y forcé una sonrisa—. ¿Y usted: sabe algo?

—Tampoco. Ayer fue un día horroroso. La prensa, la radio, la televisión, todos se abalanzaron sobre mí. Estuve a punto de echar a correr. Por la noche estaba rendida, agotada.

—Lo imagino.

—Bueno —terminó de secarse y arrojó la toalla sobre una hamaca cercana—. ¿Qué quiere hablar conmigo? ¿No se sienta y toma algo de beber?

—Deseo hablar a solas —dije, mirando hacia el aparentemente dormido tío de ella.

—Vayamos hada aquel pinar —no tuve inconveniente. Calzó una babuchas y nos alejamos—. Usted dirá...

—Es un tema algo delicado.

Ella enarcó las cejas.

—Me intriga. ¿Qué es?

—Se trata de la gente que le rodea.

—¿Cómo? —Respingó.

—Verá... —Me humedecí los labios con la lengua—. Hay que tener en cuenta una posibilidad: tal vez existiera una filtración.

Ella se me quedó mirando fijamente, silenciosa, calibrando si yo hablaba en serio. Luego exclamó:

—¡No!

—Piense usted. Esos ladrones sabían lo del collar y la fiesta...

—Se anunció en los periódicos. Todos los medios de difusión se hicieron eco.

—Desde luego. Pero no es sólo eso. Se colaron sin ninguna dificultad en la fiesta, demostraron conocer la casa, saber cuál era su habitación. Incluso hay un detalle muy llamativo...

—¿Cuál?

—Recuerde que en la habitación sólo entramos su abogado, usted y yo. Los dos guardaespaldas quedaron fuera. ¿Cómo sabían de su existencia?

—Hummm...

—Es lógico pensar, por tanto, que esa gente no actuó a la ligera. Estaban bien informados.

—La policía...

—Olvide la policía. Ella actúa por su cuenta, yo por la mía. La

policía tiene muchos casos entre manos, no sólo el suyo; es una maquinaria lenta. Los hombres como el señor Widmark saben que con tipos como yo, dedicados exclusivamente al asunto, hay más probabilidades de recuperar la mercancía...

—¿Y..., y en quién piensa?

—Por ahora, en nadie en especial. Pero me gustaría que los analizáramos a todos, uno por uno.

* * *

Nos reunimos en un restaurante de Bay Shore, elegante, de ambiente selecto. Yo llegué un poco tarde. Ella ya se encontraba ocupando una mesa y entretenía el tiempo consultando la carta.

—Hola —saludé—. Lo siento, —me disculpé por mi tardanza.

—Acabo de llegar —dijo Sheila, bajando la carta para mirarme. Había tomado asiento frente a ella—. ¿Cómo le fue, señor Carter?

Antes de responder la observé a mi gusto. Estaba muy hermosa con el pelo recogido atrás, los ojos ligeramente sombreados, los labios rojos y húmedos...

—La señora Falk estuvo visitando tiendas de la Quinta Avenida y al final sólo compró un poco de ropa interior. Luego se metió en un cine y vio la película *Campeón* de Franco Zeffirelli. No vio ni habló con nadie. Hace un momento regresó a la finca.

—Se lo dije. Sheree es una mujer solitaria, vive para su trabajo como ama de llaves y los días libres los aprovecha para hacer compras e ir al cine. No tiene amigos ni familia, al menos aquí. Sólo una hermana que vive en la Costa del Pacífico y con la que intercambia alguna que otra carta. Yo la conozco desde que era niña y la creo incapaz de hacer algo malo. Y menos a mí. Me quiere mucho.

—En esta vida no te puedes fiar de nadie.

—¿De mí tampoco se fía?

Me miraba fijamente, con cierto desafío.

—Por supuesto que sí, señorita Ransom. La voy a dejar que escoja la cena.

Su boca se ensanchó en un agradable sonrisa.

* * *

El siguiente encuentro fue en el Heckscher State Park. Estuvimos paseando por allí, mientras charlábamos, camino del Nicoll Point.

—¿Y mi prima Eve? —preguntó ella, sus cabellos ese día sueltos zarandeados por la brisa que soplaba.

—Todo coincide con lo que ella misma me contó la noche de la fiesta. Vive de su trabajo, cómodamente, sin aprietos, pero tampoco con lujos. Parece ser que es apreciada como azafata y se la requiere con asiduidad. Tiene fama de simpática y cordial, no ha organizado escándalos y tiene el sueño de mucha gente: viajar por el mundo.

—Sí, lo sé.

—Pero tal vez esto otro no lo sabía.

—¿Qué?

—Tiene un amigo.

—¿Un amigo? —Se detuvo ella extrañada.

—Ajá.

—¡Qué callado se lo tenía!

—Es un tipo joven y bien parecido. Trabaja como relaciones públicas en un hotel. También está bien considerado, se le tiene por un chico eficiente.

Sheila reinició el paseo, y yo proseguí:

—No sé si la cosa será en serio. Hablé con la casera de su apartamento y me dijo en plan comadre que últimamente le había visto con otras dos mujeres. Tal vez no sea más que una aventura...

—Hummm.

—Por eso Eve ni siquiera lo ha mencionado.

—Me molestaría que alguien la engañara. Le tengo aprecio a mi prima.

—Si hay tiempo, lo investigaré más a fondo, no se preocupe. Primero reunamos unos cuantos datos de todos, tal como quedamos. Usted aportaba lo que sabía, yo profundizaba un poco y a cambio le contaba lo averiguado. ¿De acuerdo, señorita Ransom?

Nos habíamos detenido sobre un bello mirador que daba al mar.

—Creo que nos podíamos tutear —dijo ella—. Eso de señorita Ransom no me gusta.

—Como tú quieras, Sheila.

Ella señaló hacia la izquierda.

—¿Qué te parece si visitamos Fire Island la próxima vez, Ross? —preguntó.

Eso fue lo que hicimos, y para ello utilizamos el *ferry* que partía de Bay Shore. Ese día no encontré a Sheila tan feliz y radiante como en las otras ocasiones. Su rostro expresaba cierta gravedad.

—¿Ha habido noticias de la policía? —le pregunté mientras la embarcación surcaba con rapidez las aguas, dejando atrás una estela blanca.

—No. ¿Qué hay de tío Lon?

Ése había sido mi siguiente personaje vigilado. El tío Lon.

—Bueno, parece un punto de cuidado. Se pasea por el centro de Manhattan, asiste a espectáculos de cine, teatro, *music-hall*, frecuenta bares de categoría, todo ello con la intención de ligar... y cuando no encuentra nada y tiene los bolsillos vacíos se deja caer por tu casa para sablearte.

—Todo eso no es ninguna novedad.

—En la actualidad está sin un centavo, por eso aparece con tanta frecuencia por tu casa. Además tiene bastantes deudas. Según conocidos de su ambiente mundano, anda como loco a la búsqueda de una señora que le resuelva sus problemas. Por el momento se aprovecha de tu nombre para pedir algún que otro préstamo.

—¡Vaya con d tío Lon!

—Es un granuja, sin lugar a dudas. Un hombre así y dada la situación que atraviesa, podría ser capaz de algo. Le voy a tener muy en cuenta.

—Sí...

—Oye —la tomé de la barbilla, obligándome a mirarme—. A ti te ocurre algo.

—Ross —se pegó más a mí, yo le rodeé con un brazo los hombros—. Dime que no me tomarás por loca.

Ella recostó la cabeza sobre mi pecho y lo dijo con un susurro:

—Creo... creo que me siguen.

CAPÍTULO V

De mutuo acuerdo con Sheila, abandoné las siguientes pesquisas, por el momento, para averiguar si las sospechas de ella eran ciertas.

Según me contó, aún con algo de temor, todo había ocurrido al salir de la peluquería y dar un paseo por Bay Shore. De pronto, tuvo la sensación de que alguien iba tras ella. Giró la cabeza y vio a una mujer a la que apenas sabría definir. Siguió adelante, pero la otra ya no anduvo tras ella.

—Pienso que se dio cuenta y por eso lo dejó estar. ¡Pero de verdad que me seguía, Ross! ¡No son imaginaciones mías! ¡Créeme!

—Mañana lo sabremos.

Bay Shore no era una población muy grande, apenas unos cuarenta mil habitantes, donde se respiraba un ambiente tranquilo, sosegado. Sheila se comportó como era habitual en ella. Todos los días solía acudir allí por una u otra razón. Aparcó su coche deportivo en el centro de la población y se dio un paseo por el parque, más que nada para llamar la atención. Incluso se sentó en una terraza y consumió pausadamente un refresco. Yo la vigilaba desde una acera cercana, con un periódico en las manos, muy atento a cuanto sucedía a su alrededor.

Pasado un rato, Sheila se puso en pie y se alejó hacia una calle adyacente. Al doblar la esquina, apareció una mujer de mediana estatura, de una edad que estaría entre los treinta y cinco y los cuarenta años, con un pañuelo a la cabeza y gafas de sol. Llevaba colgado del hombro derecho un bolso de piel negro.

Primeramente no sospeché de ella, era una más de las muchas personas que llevaban el camino de Sheila. Poco a poco, empero, las otras personas se fueron desperdigando por bocacalles, tiendas o viviendas, aparecieron nuevos transeúntes, pero Sheila y ella

siguieron la misma ruta.

Eso me escamó. Y mucho más cuando Sheila decidió detenerse ante un escaparate. Supuse que por el rabillo del ojo vigilaba. La otra también se detuvo, rebuscando algo en su bolso. Me fijé entonces en la abundancia de pulseras que adornaban su muñeca izquierda y el surtido de sortijas que exhibía en los dedos. Finalmente sacó una cajetilla de cigarrillos y un encendedor. Prendió fuego con exasperante lentitud.

Era indudable. Aguardaba a que Sheila se pusiera de nuevo en movimiento. No entendía aquello. ¿Por qué? ¿Quién era esa mujer? La observé con detalle, tratando de adivinar algo más. Vestía de una forma vulgar, pero llamativa en cierto modo, como... como una fulana, pensé. Sus cabellos se adivinaban rubios bajo el pañuelo. Sus facciones eran prácticamente irreconocibles, pues las gafas eran enormes y le cubrían casi todo el rostro. Los labios los llevaba bien dibujados y la barbilla era algo afilada. Su cuerpo estaba bien proporcionado, se podía decir que tenía un buen tipo.

Sheila se decidió por fin a caminar nuevamente. Y la otra fue detrás. ¡Ya no cabía la menor duda! ¡Ahora había que actuar!

Había quedado con Sheila de acuerdo para que al rato regresara al parque para tomar el coche y marcharse a casa. Entonces yo me encargaría de averiguar quién era la mujer, bien siguiéndola, bien interrogándola directamente. Pero prefería la primera forma, para no alarmar.

Las cosas, en cambio, se complicaron. Uno propone y el destino dispone.

Sheila tomó una bocacalle vacía y estrecha, supongo que con la intención de no tener que retroceder y encontrarse con la mujer por la que sentía cierto temor. Al suceder esto, la perseguidora, de pronto, aceleró el paso.

Adiviné su intención: alcanzar a Sheila.

Eso me asustó un poco. ¿Qué se proponía? Pensé que podía atacarla, y corrí.

Los pasos precipitados de la mujer los debió escuchar Sheila y se volvió justo cuando la otra ya casi estaba encima de ella.

Chilló aterrada al verla tan cerca. La mujer quedó paralizada, un tanto sorprendida. Sheila se llevó una mano a la frente y comenzó a desplomarse. La mujer entonces actuó con rapidez y la tomó en sus

brazos para que no se pegara un batacazo, depositándola casi amorosamente sobre el suelo.

—¡Sheila! ¡Sheila! —gritaba yo, aproximándome.

La mujer miró hacia mí y no se lo pensó nada. Echó a correr desesperadamente.

Yo decidí seguirla, pero se escabulló de una forma asombrosa. Llegué a una encrucijada de calles, no la vi y quedé en la duda: ¿por dónde tirar? Finalmente opté por retroceder, volviendo junto a Sheila.

La joven todavía continuaba inconsciente, pero a su alrededor tenía un par de personas. Era un matrimonio que acababa de abandonar su vivienda.

—Ahí cerca hay un médico —dijo la mujer, rubia, muy maquillada.

—Es igual —deseché la proposición—. Ya se recupera. Sólo ha sido un susto.

—Vimos a la mujer ésa —habló el hombre, rechoncho, de franca mirada—. Si quiere llamar a la policía, nuestro teléfono está a su disposición.

—No es necesario. Gracias.

—Como quiera —se encogió de hombros, mirando a su esposa. Los dos debieron pensar que no comprendían muy bien mi comportamiento.

—Ross... Ross... —comenzó a despabilarse Sheila, entreabriendo los párpados.

—Nena, ya pasó todo.

—¡Oh! —Se llevó una mano a la cabeza—. ¿Dónde está?

—Se fue.

La ayudé a levantarse, le dimos las gracias al matrimonio y nos alejamos.

—¿Ha... hablaste con ella...?

—No. Se escapó.

Sheila se cogía fuertemente a mi brazo para caminar. Musitó compungida:

—No hemos conseguido nada. Y la culpa la he tenido yo.

—Ahora ya no valen lamentaciones. Simplemente, hemos perdido una oportunidad. Tal vez se presente otra.

—No creo que insista, ahora que sabe que llevo un vigilante.

Será difícil.

—Si realmente pretende algo de importancia, insistirá.

—¿Cuándo? ¿Cómo?

—No lo sé. Pero lo que debes hacer es serenar tus ánimos. Anda, te acompañaré a casa. Luego continuaré con mis investigaciones.

* * *

Se me ocurrió pasarme por la oficina de la compañía de seguros. Daisy continuaba con su manía de chupar el lapicero. El jefe, en cambio, estaba de muy mala uva. Casi echaba espuma por la boca.

—Así que nada, ¿eh? —barbotó—. ¡Usted, nada! ¡La policía, nada!

—De un momento a otro algo saldrá, señor Widmark —dije, encendiendo un cigarrillo calmosamente, sentado frente a mi jefe—. No se altere.

—¡Maldita sea, Carter! ¿Sabe cuánto me va a costar esto?

—Lo sé.

—¡Pues haga algo, para eso le pago!

—Lo estoy haciendo, señor Widmark. Se lo prometí. Pero me gustaría saber cómo van las investigaciones de la policía...

—Ya se lo he dicho. ¡Nada!

—Pero algo dirán...

—Oh, sí. Que fue un trabajo limpio. Que no hay pistas. Que están haciendo un careo entre la gente fichada por asuntos parecidos... ¡Bah!

El jefe rabiaba.

Lo dejé estar y telefoneé a Lovely el *Dandy*. Me dijo que todavía no tenía nada para mí. Que le volviera a llamar dentro de veinticuatro horas. Así que me decidí a dedicarme a Lana Weston, la doncella de Sheila.

—¿Qué hay de Lana? —me preguntó ella cuando nos vimos por la noche.

Tenía mejor aspecto.

—Tu doncella se lo pasa bomba —sonreí—. Se reúne por la tarde con un mecánico y los dos se encierran en el apartamento de él. No sale hasta que llega la hora de regresar aquí. ¡Imagínate!

Ella también sonrió, embelleciéndose aún más su rostro.

—¿Cómo es él? —preguntó.

—Es un tipo corpulento, rudo, pero de poco seso. No da la medida de un atracador. Al menos no la de algunos de los dos que nos asaltaron.

—No creo que ella se haya ido de la lengua. Lana es una buena chica.

—Algo alocada.

—Como yo.

Nos quedamos en silencio, mirándonos con fijeza. Extendí una mano y ella vino hacia mí. La tomé en mis brazos, estrechándola sin mucha fuerza.

Nuestros labios fueron aproximándose como si tuvieran imán. Se rozaron, se tantearon, yo la mordisqueé suavemente, ella hizo lo propio conmigo...

—¿Cómo te encuentras? —le pregunté en un susurro.

—Mejor.

Mis labios aprisionaron los suyos, y la besé con fuerza, con intensidad. Sus brazos se enroscaron a mi cuello, y sus dedos subieron y bajaron por mi nuca. Nos separamos faltos de aire.

—¿Y ahora?

—Mucho mejor.

Luego, una eternidad más tarde, ella desparramó su cabellera dorada sobre mi torso desnudo y musitó:

—Soy feliz, Ross.

* * *

A la mañana siguiente el *Dandy* tenía noticias frescas para mí.

—Oye, Carter. Hay un tipo que puede estar metido en el asunto, aunque no te lo puedo jurar. Si falla, no me echas las culpas.

—Suéltalo, hombre. Más vale eso que nada.

—Se trata de un tal Louis Farber, es un especialista en asaltos a mano armada. Ahora se encontraba en la mala, y hace unos días que ha desaparecido de la circulación.

—¿No puedes localizarlo?

—Lo intentaré.

—Apúntate cien en la cuenta.

—Gracias, amigo.

Luego empleé el día en investigar la vida y milagros de los dos últimos de mi lista particular: Hank Lowell y Fess Anderson.

Por la noche, llegué a tiempo de cenar con Sheila. Ella se encontraba envuelta en un batín de seda, rojo, muy llamativo. La besé en los labios y luego mis manos recorrieron su cuerpo desnudo bajo la prenda. Ella no pareció excitarse como en la noche anterior.

—¿Cómo te han ido las cosas? —me preguntó, separándose de mí.

—Bueno, al parecer tienes los colaboradores más intachables del mundo.

—Por algo los contrató mi padre.

—Lowell goza de una excelente fama en la empresa. Ningún empleado habla mal de él. En su vida privada no hay escándalos ni líos. Su único defecto es que le gusta el juego, es bastante aficionado a visitar el Gran Casino, pero nada más.

—¿Y el tío Fess?

—Otro tanto. Su prestigio como abogado es casi inigualable, aspira a ser presidente del Colegio de Abogados. Con dos hijos a los que dedica toda su atención y mimo. Frecuenta un club social de gente selecta.

Hice una pausa, acercándome a ella y tomándola de nuevo en mis brazos.

—Puedes estar tranquila —le dije—. Al parecer la gente que te rodea es de confianza.

—Ross... —dijo ella con voz entrecortada—. Déjame.

—Creí que...

—Hay algo más importante.

Fruncí el ceño, preocupado.

—¿De qué se trata?

—Me ha llamado «ella» y... y dice que puede ayudarme a encontrar el collar.

CAPÍTULO VI

Me lo había contado mil veces. Así se lo había exigido yo, deseoso de empaparme del asunto.

—Una mujer telefoneó preguntando por mí. Cogió el aparato Sheree Falk y me lo pasó. La que me llamaba no quiso identificarse y me rogó que no me asustara, que la escuchara con atención hasta el final. Entonces me explicó que era la mujer que iba tras de mí, que sólo quería conocerme y que no debía temer de ella. Yo me fui tranquilizando poco a poco, en honor a la verdad, su voz no sonaba amenazante, todo lo contrario, diría que cariñosa. Me siguió contando que el otro día se acercó para hablar conmigo y que aprovechó el momento en que no había nadie en la calle, pues no deseaba que nos vieran juntas... porque mi vida podría peligrar. Lamentó mucho haberme asustado. Sólo desea conocerme, incluso ayudarme. Y en prueba de buena voluntad, como sabía por la Prensa que me había sido robado un valioso collar, dijo que estaba en condiciones de obtener pruebas sobre los ladrones y que me las facilitaría, sólo a cambio de que nos viéramos un rato a solas y charláramos. Y, por favor, que no se me ocurriera avisar a la policía ni a ningún amigo, ella no quiere publicidad ni problemas.

No sólo eso. La había citado ya, para el día siguiente, por la mañana, a las diez, en el parque central de Bay Shore.

Y allí estábamos.

Me había cambiado de indumentaria, ahora vestía de una forma algo estrafalaria y en vez de llevar un periódico en las manos, portaba una cámara fotográfica e invitaba a los paseantes a ser retratados. Más de cuatro se lo creyeron, y todavía deben seguir esperando la foto recuerdo.

Sheila había tomado asiento en un banco y leía una revista. Se la

notaba nerviosa porque el **Nesweek** temblaba en sus manos. De vez en cuando miraba por encima de las hojas.

Se hizo las diez, y las diez y media. La señora misteriosa no apareció por ningún lado. Sheila comenzó a impacientarse, la pierna que cabalgaba sobre la otra se le movía insistentemente. Me acerqué a ella con la excusa de hacerle una fotografía.

—Ésa no viene —susurré.

—A lo mejor te ha visto.

—Imposible que sospeche de mí. Pasa ya demasiado tiempo. Vámonos.

—Esperemos un poco más.

Me resigné y continué haciendo el payaso por los alrededores. Sheila siguió sola con su revista, sin nadie que se le acercara. Finalmente la única persona que se le aproximó fue un hombre maduro, con el aliento apestando a *whisky*. Quería llevarla a un *bungalow*.

Le costó desprenderse del pesado y eso fue por fin lo que la convenció para desistir. La seguí en mi coche hasta su magnífica finca. No hubo ningún problema. Allí cambié mi atuendo y telefoneé a Lovely, **el Dandy**.

Tenía noticias frescas.

—Ese Farber, al parecer, está liado a una tía llamada Dorothy que vive de la calle. La encontrarás en el 292 de Mott Street. Ahora por la mañana estará en casa. Incluso tal vez él esté allí escondido.

Le di las gracias, y él me recordó que no me olvidara de la pasta.

—¿Te vas? —me preguntó Sheila.

El desencanto se pintaba en su rostro.

—Sí. Y no te preocupes, si esa mujer hablaba en serio, volverá a dar señales de vida.

Me despedí con un beso, y poco después corría hacia Manhattan. La dirección que me había facilitado el *Dandy* se encontraba en pleno Bowery.

La calle era estrecha y sucia, aunque había cierta animación. El portal estaba abierto y no había nadie en la entrada. Por el panel de los buzones supe que la tal Dorothy. —Dorothy Lasser— ocupaba el apartamento número doce.

Cuando llegué arriba y pulsé el botón de llamada, tuve que esperar un par de minutos. La puerta la abrió una mujer que estaría

frisando los treinta años de edad, morena, de cabellos negros, largos, y ojos oscuros somnolientos. Envolvía su anatomía en una bata de color azul desvaído.

—Lo siento, amigo —me dijo—. Estoy ocupada.

Sonreí.

—No se trata de... eso.

La respuesta la hizo parpadear repetidamente para acostumbrarse mejor a la claridad y estudiarme con detalle.

—¿Qué quieres?

—Hablar contigo. Supongo que tú eres Dorothy, ¿no?

—Sí —se pasó la lengua por el labio inferior, sin dejar de calibrarme—. ¿Policía?

—No. Es un asunto personal. Deseo localizar a Louis Farber. Me han dicho que eres amiga suya.

—No sé nada —dijo con demasiada rapidez—. Adiós.

Fue a cerrar la puerta, pero yo antes coloqué el pie.

—Esto va en serio, nena. Tengo que verle.

—¡Te he dicho que no sé nada!

—Lo haces muy mal.

—¡Vete!

—No hasta que me digas dónde está.

Hice intención de apartarla para pasar al interior, y entonces ella reaccionó chillando:

—¡Louis! ¡Louis! ¡Te buscan!

Y no sólo eso. Se abalanzó sobre mí para impedirme el paso, también con el malévolo propósito de arañarme.

No me anduve con remilgos y le aparté de un zarpazo. Ella se quedó tirada en un rincón.

Me adentré en el apartamento con cierta precaución. Si el tipo estaba allí, ahora alertado, podía ser peligroso. Pero no tuve ningún tropiezo.

Cuando alcancé el dormitorio, no vi a nadie. La cama estaba revuelta. La ventana, abierta, y el aire que entraba hacía revolotear el visillo.

Decidí asomarme.

En seguida localicé al hombre. Caminaba lenta y precavidamente por un bordillo, las manos pegadas a la pared, tratando de encontrar asideros. No miraba abajo. Los coches y las

personas parecían de juguete. Aquello era un sexto piso.

—¡No sea loco, Farber! —le grité—. ¡No soy de la policía!
¡Vuelva!

El tipo me miró con el rostro perlado de sudor. Por un momento pensé que me iba a hacer caso, pero de inmediato me sacó del error. Al verme, su rostro aún se crispó más, como si hubiera visto al diablo o algo así, y aceleró su huida.

Ésa fue su perdición. En un momento dado el pie derecho pisó el vacío, todo su cuerpo se desequilibró, trató de agarrarse desesperadamente, chilló... y finalmente perdió el equilibrio y cayó.

Su grito desgarrado duró lo que tardó en estrellarse contra el pavimento.

Cerré los ojos y mascullé un juramento. Acababa de perder una buena pista. Me quedé allí parado, apoyado en el alféizar, hasta que apareció la chica, llorando e insultándome, y me devolvió a la realidad.

—¡Usted tiene la culpa, cerdo maldito!

—¡Basta!

En esta ocasión se me fue la mano, furioso. El guantazo la dejó acurrucada en la cama, dócil, pero todavía con lágrimas en los ojos.

—¿En qué lío andaba metido? —pregunté.

No me contestó. De dos zancadas me aproximé a ella y la tomé por la bata.

—Ya te dije antes que esto va en serio. Te vas a ver en graves problemas.

—¡No sé nada!

—Tú eras su amiguita, algo sabrás.

—Nunca me hablaba de sus... trabajos.

—¿Había hecho uno últimamente?

—Creo... creo que sí.

—Un robo, ¿no?

—Supongo, eso era lo suyo. Desde luego, estos últimos días tenía más dinero del acostumbrado. Y... y anoche vino muy asustado. Estaba temblando. Se miraba una y otra vez las manos. Sudaba. Fue incapaz de hacer el amor.

—¿No le preguntaste qué le ocurría?

—Sólo dijo que las cosas se estaban complicando y que pensaba largarse una temporada... Ah, también hizo un comentario

referente a un compañero.

—¿Cuál?

—Dijo que Clive y él se habían comportado como bestias...

—Clive... ¿qué más?

—No lo dijo.

—Unas bestias... ¿por qué?

—Tampoco lo explicó. Pero algo grave debían haber hecho. Yo... yo pensé al verle que... Y él debió pensar lo mismo...

Más que eso. Ahora comprendía mejor lo sucedido. El, Louis Farber, era uno de los ladrones, y me había reconocido. ¡Por eso se asustó tanto al verme! Y el tal Clive debía ser su compinche. Estaba en el buen camino.

—¡Pobre Louis! —exclamó compungida la mujer.

La miré fijamente.

—¿No me puedes aclarar más?

—No sé más.

Supuse que era sincera y la solté, echando a andar hacia la salida.

—¡No te vayas! —gritó.

—Nada tengo que hacer aquí. Ya te arreglarás con la policía. Declara suicidio y no tendrás muchos problemas.

La dejé estupefacta. Abajo, en la calle, se había congregado la multitud de curiosos de siempre. Me alejé sin que nadie me molestara, cuando ya sonaba la sirena de un coche policial que se aproximaba.

Sólo tenía una pista: Clive. Pero ¿quién era Clive?

Telefoneé de nuevo a *el Dandy* y le hablé de lo sucedido, sin reparos.

—¿Sabes quién puede ser Clive?

—No.

—Búscalo. Tiene que ser al menos conocido de Louis Farber. Tu cuenta va en aumento.

—¿Doscientos?

—Doscientos.

—Eres un padre.

Colgué, metí otra moneda en el aparato y volví a marcar, ahora el número de la oficina. El jefe ladraba como los perros rabiosos.

No pude hablar mucho con él dado el estado en que se

encontraba. Lo más importante era que no había ninguna novedad, la policía seguía a cero, al menos aparentemente.

Un poco chasqueado, decidí volver junto a Sheila, para contarle los pormenores, pensar y consolarme. La atenta y disciplinada señora Falk me comunicó que había salido.

Fruncí el ceño.

—¿Sabe a qué?

—No me lo dijo, señor. Pero supongo que tuvo que ver con la llamada.

Respingué.

—¿La telefonearon?

—Sí, señor.

—¿Sabe quién?

—No, señor.

Le di las gracias y solté una maldición para mis adentros. Inmediatamente pensé en la mujer misteriosa y el peligro que podía correr Sheila. ¿Por qué no había esperado a que yo apareciera o me pusiera en contacto con ella? Tal vez aquella llamada no fuera obra de la mujer misteriosa. Tal vez todo fueran suposiciones mías. De todas formas, tal como estaban las cosas, no me hacía la menor gracia que anduviera sola por ahí, sin saber al menos adónde había ido.

Impaciente, encaminé mis pasos hacia la piscina. Me quedé por allí paseando, a la espera. Cada minuto que pasaba, más nervioso me ponía. Un sentimiento de inquietud me invadía y no sabía exactamente por qué.

Por fin, un cuarto de hora más tarde, escuché el ruido del motor del coche deportivo de ella. Le vi aparcarlo, descender y encaminarse hacia la casa.

Le silbé y le hice una señal con la mano. Ella pareció un poco sorprendida. Momentáneamente quedó dubitativa. Luego, se decidió a venir hacia mí.

Nos encontramos a mitad de camino.

—Ross, ¿qué haces aquí?

—Hay novedades, pero eso no importa ahora —la tomé por los hombros—. Me dijo la señora Falk que te habían telefoneado.

—Bueno, ¿y qué?

—Pensé que sería la mujer...

—¿Cómo? —Parpadeó.

—La del otro día, la que te seguía... ¿No ha sido ella?

Vaciló.

—No, no...

—¿No me engañas?

—De verdad que no —sonrió dulcemente—. Fue una amiga quien me llamó. Llevábamos mucho tiempo sin vernos. Ella iba a pasar por Bay Shore y quedamos en vernos en el parque.

—Ya.

—¿Satisfecho?

—Estaba intranquilo, compréndelo. No me gusta nada este asunto.

—No será para tanto —dijo.

—No quieras quitarle hierro. Tú misma lo has comprobado. Por ejemplo, y refiriéndome a las novedades que te hablé bueno. Pero el tipo se asustó, quiso escapar por la fachada de la finca y cayó desde un sexto piso. No pude hablar con él. Ahora tengo otra pista: un amigo suyo llamado Clive. Creo que puede ser su compinche en el robo del collar...

—Ah, el robo del collar... —murmuró como si en ese instante comprendiera de qué hablaba.

—Nena —la miré fijamente—, ¿qué te ocurre?

—Discúlpame, Ross —se llevó una mano a la frente—. Esa Florence no ha parado de hablar en todo el rato y tengo la cabeza como un tambor. Tendrás que perdonarme, quiero reposo y tranquilidad. Ya nos veremos mañana, ¿eh? —Seguidamente me dio un beso en los labios, me dedicó una de sus dulces sonrisas y se marchó hacia la casa.

Me quedé un rato pasmado. Finalmente me encogí de hombros y me marché.

Aquella tarde estuve colaborando con Lovely *el Dandy*, en la caza de alguna pista sobre el tal Clive. El resultado fue infructuoso.

Un conocido de Lovely expuso la conclusión de las investigaciones con la siguiente frase:

—Seguro que no es del gremio.

De todas formas, *el Dandy* me prometió seguir con el asunto, sobre todo cuando le entregué un par de cientos de dólares.

Llegué a casa rendido. Estuve tentado de telefonar a Sheila,

pero lo dejé estar. Opté por dedicarme a preparar la cena. Entonces sonó el teléfono.

—¿Señor Carter, Ross Carter? —preguntó una voz masculina, bronca.

—Sí, al aparato.

—Soy el teniente Burt Conally, de la Brigada de Homicidios. Le ruego haga el favor de venir cuanto antes a la finca de los Ransom.

—¿Sucedé algo? —Me inquieté.

—La señorita Sheila Ransom ha sido asesinada.

CAPÍTULO VII

Todavía hoy no me explicó cómo llegué ileso a la finca de los Ransom. Jamás había conducido tan locamente por las carreteras, en peor estado de ánimo, y además de noche. Sólo tenía pensamiento para Sheila, y el asfalto era algo uniforme y monótono que apenas me importaba. Cree que logré llegar allí por puro automatismo.

En la finca reinaba un gran alborozo, pero el motivo era muy distinto al de una fiesta. Todas las luces estaban encendidas. Había coches en abundancia, gentes que comenzaban a acudir conforme se corría la noticia, sobre todo amistades y periodistas. Me abrí paso entre todos con el corazón encogido, todavía con un resto de incredulidad dentro de mí. Hasta que no viera, no terminaría por creérmelo totalmente. A pesar de la ambulancia que se encontraba aparcada justo a la puerta, con su luz giratoria encendida. Vi como dos enfermeros extraían una camilla, y se me hizo un nudo en la garganta. Seguí adelante, notando que cada vez me pesaban más las piernas.

Dos policías uniformados se hallaban en el vestíbulo ejerciendo un control. Tuve que identificarme para que me dejaran paso. Por allí apareció entonces Hank Lowell, el director-gerente de la empresa Ransom, y me hizo una seña para que le siguiera hasta el salón biblioteca.

—Es increíble —me comentó por el camino. Yo no repliqué nada. Me miraba la punta de los zapatos, al andar.

Cuando entramos en el salón biblioteca, observé que había allí por lo menos una docena de personas, la mayoría desconocidas, por lo que supuse que serían policías. Un pequeño corro se abrió y entonces pude verla.

Sufrió una especie de vahído. Por un momento creí que no lo aguantaría. Sentí arcadas.

Su bello rostro presentaba ahora una mueca de angustia, de horror, tirado su espléndido cuerpo sobre el suelo alfombrado, grotescamente. El asesino la había estrangulado: la marca del cuello era evidente.

Todo había acabado para Sheila, e incluso temí que para mí mismo.

Una voz bronca sonó a mi derecha:

—¿Es usted Ross Carter?

Giré el rostro muy lentamente. El que me había dirigido la palabra era un hombre cincuentón, muy ancho de hombros, de facciones angulosas y ojos claros. A su lado reconocí al teniente Thomas Lancaster, el que se ocupaba del asunto del collar.

—Sí, en efecto.

—Soy Conally, de Homicidios.

Aguardé a que dijera algo más.

—¿Qué sabe de esto, Carter?

—Nada —respondí—. Ha sido una brutal sorpresa.

—Al parecer, usted fue de los últimos que hablaron con la señorita Ransom.

Me puse en guardia.

—No le entiendo.

—Luego le explicaré. Primero me gustaría saber qué hizo esta tarde...

—¡Oiga...!

—Tranquilo, Carter —me interrumpió—. No se altere. Es simple rutina. Hemos de interrogar a todas las personas que tenían relación con la joven. Compréndalo.

Tomé aire y dije:

—Está bien. Estuve aquí, es cierto. Vine a verla un rato. Cuando llegué, la señora Falk me dijo que había salido. Me quedé esperándola. Luego vino y me dijo que estaba cansada, que le dolía la cabeza, así que me fui...

—Un momento. ¿Qué vino a hablar con ella?

—Del robo del collar. Ya saben que me encargo de ello por encargo de la compañía de seguros. Precisamente por la tarde estuve trabajando en ello, pero sin ningún resultado. Busqué la

colaboración de un viejo conocido del teniente Lancaster: *el Dandy*, él puede confirmarlo. Luego me fui a casa a cenar y entonces llamó usted.

—Muy bien, Carter. Pero volvamos atrás. La señora Falk ha declarado que alguien llamó a la señorita Ransom y que por eso salió. No sabe quién. ¿Hizo algún comentario con usted al respecto?

—Bueno, sí. Me dijo que le había telefoneado una amiga suya, una tal Florence. Se habían reunido en Bay Shore.

—Lo averiguaremos.

—De todo esto deduzco que no saben quién la mató, ni tienen una buena pista.

—Algo así —asintió el teniente Conally.

—¿Cómo pudo hacerlo el asesino aquí dentro, sin que nadie le viera, sin llamar la atención del servicio?

—Ella misma se lo preparó en bandeja.

—¿De qué forma?

—Muy sencillo. Después de irse usted, la señorita Ransom le dio tarde libre a las dos empleadas, y se quedó sola. La primera en regresar fue la señora Falk. Y la encontró así. La otra, la tal Lana Weston, aún no ha aparecido.

—Así pues, alguien vino tranquilamente y la estranguló.

—Exacto. Sin ninguna violencia. Como habrá observado todo está en su sitio..., menos el cordón de las cortinas.

Era evidente para qué había servido. Mis dientes rechinaron casi inconscientemente.

—Entonces, ¿no tienen ninguna sospecha?

—Por ahora, no. Interrogaremos a todas las personas allegadas a la joven, hemos localizado ya a su prima y está en camino, pero no al tío. También mis muchachos hablarán con el vecindario, por si alguien vio entrar o salir al asesino esta tarde. Según la primera impresión del forense, la muerte se produjo entre las cinco y las seis.

—Tal vez esto pudiera tener relación con el robo del collar *Braddock* —terció el hasta entonces silencioso teniente Thomas Lancaster.

La sugerencia me revolvió el estómago porque me hizo pensar en la misteriosa mujer y en las cosas raras que habían sucedido desde que apareciera en escena: primeramente había vigilado a la

joven, luego había establecido contacto con ella, incluso le había prometido ayudarla a recuperar el collar..., todo eso sin olvidar el extraño comportamiento de Sheila antes de que la asesinaran. ¿Me habría engañado? ¿Se reunió verdaderamente con una amiga llamada Florence? ¿Por qué despidió al servicio? ¿Una cita?

Me costó mucho mantenerme imperturbable. Había decidido mantener un prudente silencio sobre cuanto sabía sobre ese tema porque no quería verme complicado con la policía para así poder disponer de entera libertad. No sólo ahora tenía que recuperar el collar, tal como había prometido, sino que deseaba ansiosamente dar con el asesino de Sheila y...

Me pasé una mano por los cabellos, tratando de calmarme. Comenté:

—Hum. Pudiera ser.

—No sé cómo el robo del collar puede tener relación con esto, señores —intervino entonces Fess Anderson, el abogado de la familia Ransom. Acababa de acercarse a nosotros, el rostro pálido, demacrado. Parecía haber envejecido con este inesperado y brutal suceso—. Aquello fue obra de unos ladrones profesionales que probablemente ya hayan huido o vendido bajo mano la joya, y Sheila nada podía tener que ver con ellos. Sería monstruoso pensar que ella misma planeó el robo...

—¡No he dicho eso! —saltó el teniente Lancaster.

—Pero podía desprenderse de sus palabras. Yo les aconsejo que se fijen en quienes salen beneficiados con este crimen.

Conally le miró fijamente.

—¿Se refiere a los herederos?

La faz del abogado compuso una mueca despectiva.

—Sí, señor —asintió—. Sheila hizo testamento al día siguiente de entrar en su mayoría de edad. Yo mismo se lo aconsejé.

—¿Y esos herederos...?

—Aunque no sea correcto, pero dada la situación, le adelantaré que son su tío Lon y su prima Eve Tyler, su única familia. Luego hay unas pequeñas partes para la señora Falk y esa chica, Lana Weston.

—Ya.

—Conviene que analicen bien a esos dos...

—¿El tío y la prima?

—Sí.

—Está formulando una grave acusación, señor Anderson.

—Conozco sobradamente a los dos. Eve Tyler, aunque tiene un trabajo potable y parece simpática y agradable, es una gran envidiosa. Se muere de envidia por su prima, su forma de vida, su dinero, su lujo. Y del Lon..., bueno, de ése se puede contar de todo. Es un vividor profesional. Ahora está en la mala, siempre atrapado.

—No les cae bien, ¿eh?

—Nunca. No lo niego.

—¿Y usted qué dice, señor Lowell? —le preguntó el teniente Conally al director-gerente de la empresa Ransom, el cual continuaba a mi lado, callado y atento a cuanto se hablaba.

Se encogió de hombros.

—Estoy consternado.

—Pero ¿tiene alguna sospecha?

—No. Ninguna. Mi relación con la señorita Ransom sólo se circunscribía a lo empresarial; tanto lo del collar como este crimen son cosas ajenas completamente a mí. Ni siquiera sé cómo podría ayudarles.

—Entiendo —cabeceó el teniente Conally—. Supongo que ya han prestado declaración...

—Su sargento lo hizo —habló el abogado.

—¿Dónde estuvieron esta tarde?

—¡Teniente! —exclamó ofendido Fess Anderson—. ¡Usted parece que no lo ha comprendido!

—Perfectamente, señor Anderson. Para mí no hay excepciones. ¿Quieren responder?

Hank Lowell se adelantó, respetuoso:

—Yo estuve toda la tarde en mi despacho de la empresa. Había mucho trabajo.

—Y yo estaba en mi bufete —añadió de mala gana el abogado—. Allí me localizaron ustedes, recuérdenlo.

—¿Alguno de ustedes conoce a una amiga de la señorita Ransom llamada Florence?

—No —fue la respuesta de ambos, sin pensárselo mucho.

Justo en ese instante apareció en escena la joven Eve Tyler. Venía acompañada por un policía uniformado. La encontré muy pálida. Y temblaba.

Al ver el cadáver de su prima, la impresión fue demasiado fuerte. Las fuerzas le fallaron y se vino abajo. Gracias a la rápida intervención de los hombres que la rodeaban no besó el suelo.

Fue llamada la señora Falk, quien trajo un vaso de agua, mientras el médico forense atendía a Eve. La señora Falk tenía el rostro aún más grave que de costumbre, y en todo momento procuró no mirar hacia donde se encontraba el cadáver de Sheila.

El teniente Conally aprovechó para preguntarle por la amiga llamada Florence. Ella manifestó que a lo largo de los muchos años que llevaba al servicio de los Ransom nunca había oído hablar de una amiga de la señorita llamada Florence.

Este punto me colocaba a mí en una posición algo difícil ante la policía: o había mentido Sheila, o mentía yo. De todas formas, el teniente Conally no me forzó.

Eve Tyler se recuperó haciendo comentarios aterrados sobre la muerte de su prima. El abogado la contemplaba con una mirada incrédula.

—¿Dónde estuvo usted esta tarde? —Llegó el teniente Conally a la pregunta clave.

—No tenía trabajo, así que pasé la tarde con un amigo. Se llama Robert Holmes.

Le pidieron más datos para luego poderlo comprobar. El tipo en cuestión no era otro que el relaciones públicas del hotel Cóndor, al que yo ya conocía.

E igual sucedió cuando regresó la otra doncella, Lana Weston. Ésta había estado en compañía de su amigo Larry Foster, el mecánico.

Ninguna de las dos conocía a una amiga de Sheila llamada Florence.

Pero la pizpireta Lana aportó un dato de interés e intriga al asunto.

—Tal vez esto tenga relación con la carta —dijo de pronto, sorprendiéndonos.

—¿A qué carta se refiere, señorita? —preguntó de inmediato el teniente Conally.

—La señorita Ransom recibió esta tarde una carta con membrete de urgencia. Yo fui quien le abrió la puerta al empleado de Correos que la trajo y la llamé a ella para que firmara.

—¿Cómo es que no lo sabía la señora Falk?

—Ella se encontraba en el piso superior. No se lo comenté. Y por lo visto, la señorita Ransom tampoco.

—¿Y por qué puede tener relación esa carta con lo sucedido aquí?

—Porque fue después de su lectura cuando la señorita Ransom decidió darnos el resto del día libre.

—Ajá. ¿Vio por casualidad el remitente?

—No. Pero supongo que la carta estará en su dormitorio, o en el escritorio del despacho...

El teniente Conally le dirigió una mirada a sus hombres, y éstos se pusieron en movimiento. Una hora más tarde, agotados, con rostro de decepción, se reunían con él. La carta no aparecía por ningún lado.

* * *

Cuando pude largarme de la finca de los Ransom, no me fui a casa. Sabía que no iba a poder dormir, que el recuerdo de Sheila me atormentaría en la soledad de mi apartamento, en el silencio de la noche. Por eso decidí hacer algo que la policía no había conseguido: dar con el tío Lon.

Yo conocía los sitios que frecuentaba Lon Ransom gracias a la vigilancia que le había dedicado, y confiaba en localizarlo antes de la madrugada. Pensaba que una charla con él podía ser interesante. Era el único que no había dado señales de vida, el único que hasta el momento carecía de coartada.

Hasta la discoteca Studio 54 ya había llegado la noticia del asesinato de Sheila Ransom. Algún periodista o conocido de los que se encontraban en la finca debía haber telefonado a alguno de los presentes en la discoteca comunicándoselo. Por lo que me contaron unos empleados, Lon Ransom había estado allí. Supo de la noticia, recibió el pésame de varios y en seguida se marchó. Todos imaginaban que a la finca, pero lo cierto era que por allí no había aparecido.

Recorrí otros lugares habituales de Lon Ransom y finalmente lo localicé en un elegante bar de la calle 42 Oeste.

—Se encuentra en un reservado —me informó uno de los camareros, aceptando mi billete de veinte dólares.

—¿Acompañado?

—Según se mire.

—¿Qué quiere decir?

—Si se refiere a una mujer, no.

—¿Entonces?

—Ordenó que le llevase un par de botellas de *whisky*. No sé si para celebrar u olvidar algo.

Me encaminé al reservado de marras. Golpeé con los nudillos en la puerta.

—¡Adelante!

Abrí la puerta y entré. Lon Ransom se encontraba tirado en el diván, en una postura poco ortodoxa, bebiendo a gollete de una botella. Sólo había comenzado, porque la otra continuaba intacta.

—Hola, Ransom.

—¿Quién es usted? —Achicó sus ojos al mirarme—. ¿Nos conocemos?

—Sí. Mi nombre es Ross Carter, soy detective de la compañía de seguros Todo Está Cubierto. ¿No me recuerda? Yo vigilaba el collar *Braddock* el día que lo lució su sobrina... y se produjo el robo.

—Ah, ya. ¿Qué se le ha perdido aquí?

—Le busco.

Hizo una mueca.

—¿Por qué?

—Usted ya se lo imagina, ¿no?

—Sheila.

—Ella, sí.

La mueca de Lon Ransom se acentuó, llegando a ser su rostro una completa máscara de amargura. Elevó la botella y bebió glotonamente, casi como si quisiera ahogarse.

—Usted lo sabía. ¿Por qué no ha ido a la finca?

Me miró con ojos turbios, la botella ya vacía todavía en su mano.

—Lo intenté, pero fui incapaz. Acabé viniendo aquí, a beber. ¿No quiere un trago?

—No.

—¡Entonces márchese!

—Quiero hablar con usted.

—¡No tengo nada que decir! ¡Déjeme en paz!

—Me temo que va a tener problemas.

—¿Por qué?

—Bueno, la policía anda interesada en conocer su coartada.
¿Dónde estuvo esta tarde?

Se puso en pie de un salto.

—¿Qué está insinuando, maldito?

En el estado que estaba no se me ocurrió otra cosa para soltarle la lengua que decirle:

—Se comenta por ahí que ahora, por fin, va a ser rico..., como Eve Tyler.

El rostro se le acabó de descomponer. Reaccionó de una forma más violenta de la que yo esperaba. La botella que empuñaba la estrelló contra el borde de la mesa, quedando en su mano un trozo de cortadas aristas que de inmediato me apuntó amenazadoramente.

—¡Se va a arrepentir de lo que ha dicho! —rugió como una fiera.

—¡Quieto, Ransom!

—Tiene miedo, ¿eh, gallito? —masculló—. ¡Esa insinuación se la voy a hacer pagar cara!

Se lanzó sobre mí, pero el *whisky* ingerido ya había hecho algún efecto. No me fue del todo difícil fíntarle y agarrarle del brazo armado. Se lo retorcí sin compasión, hasta que gritó dolorido y soltó el resto de la botella.

Al verse desarmado, dejó de ofrecer resistencia y se arrugó como un gusano, casi lloriqueando. Me dio pena contemplarle a mis pies de esa forma, nadie hubiera reconocido en él al Lon Ransom que veían habitualmente contoneándose como un pavo real por las más conocidas salas de fiestas.

—¿Cómo me pueden acusar de eso? —gimió—. Yo la quería, la amaba, estaba enamorado de ella...

Al escuchar eso, lo tomé por el cuello de la camisa y lo alcé de mala manera. Me salió de la garganta la voz más dura del mundo:

—Pero ¿qué clase de monstruo es usted?

—¿Monstruo? ¡Ella no era una Ransom!

CAPÍTULO VIII

—¿Qué está diciendo? —barboté.

—¡Sheila no era una Ransom! —insistió, aguantándome la mirada.

—¡Está borracho! ¡No sabe lo que dice!

Lo arrojé despectivamente sobre el diván. Allí rebotó, se rehízo rápidamente y me encaró.

—¡Ella no era hija de mi hermano y Debra! ¡Ni siquiera de uno de los dos!

Sus ojos, su manera de hablar me dijeron que el hombre borracho había quedado atrás. Estaba expresándose con sinceridad, al menos así me lo pareció. Con la sinceridad de un hombre que ha guardado un secreto largo tiempo y de pronto lo quiere expulsar todo fuera de sí.

—Yo estaba enamorado de ella, iba más por la finca por verla que por sacarle dinero como la mayoría de la gente pensaba. Estos dos últimos años he vivido un pequeño infierno. Yo no le podía expresar mis sentimientos, porque para eso también tendría que haberle explicado que ningún lazo de sangre nos unía. Y yo juré a mi hermano que nunca lo diría... hasta hoy, —agachó la cabeza, medio avergonzado.

Me acerqué a la mesa y tomé la botella sin estrenar. La descorché, atizándome seguidamente un trago. Lo necesitaba, por muchas razones en aquella maldita noche.

—Explíquese, Ransom —ordené secamente.

El otro no rechistó.

—Hace dieciocho años mi hermano John y yo nos llevábamos bastante bien, por aquel entonces el negocio aún era de los dos. Todavía existía confianza entre nosotros, aunque algunas cosas de

las que hacía no le caían muy bien a John. Mi cuñada Debra estaba embarazada. El parto se presentó difícil, tuvo una niña pero murió a los pocos minutos. Debra no se enteró porque estuvo en coma varias horas y luego tuvo que ser intervenida quirúrgicamente, estando entre la vida y la muerte. De resultas de la operación quedó estéril. Entonces mi hermano John tuvo la idea.

—¿Cuál?

—Evitarle en parte el *shock* a su mujer. Que no podía ya más tener hijos era algo que no se le iba a poder ocultar a la larga..., por tanto pensó en hacer como si la hija que había dado a luz no hubiera muerto.

—Ajá.

—Todo se llevó secretamente entre nosotros, el abogado Ferguson y el ginecólogo Evans.

—¿Abogado Ferguson?

—Era entonces el que nos llevaba los asuntos legales. Murió a los pocos años y entonces mi hermano buscó a Fess Anderson. Éste no lo sabe.

—¿Y qué hicieron?

—El ginecólogo buscó una niña, de esas que las madres abandonan en la misma clínica, nada más dan a luz. Se hicieron todos los trámites para que quedara como hija propia y se le ocultó la verdad a Debra.

Le miré duramente.

—Es una historia un poco... fantástica.

Rió huecamente.

—Con dinero, un abogado y un médico no sabe la de casos así que se apañan. De todas formas, si no se lo cree, puede preguntarle al médico. Todavía vive, por aquella época era joven y ambicioso.

—¿Quién es?

—Gene Evans. Trabaja en el Loop Hospital. Es el jefe del Departamento de Ginecología y Obstetricia.

—Lo sabe muy bien. ¿Lo ha tratado últimamente?

—Es que otra de sus especialidades son los abortos... para gente pudiente, claro. Precisamente Eve Tyler tuvo un problema de éstos y yo se lo recomendé.

—Muy bien. Lo comprobaré.

—¡Hágalo y déjeme en paz!

Depositó la botella sobre la mesa, diciendo:

—Todavía no me ha aclarado una cosa, Ransom.

—¿Cuál?

—¿Qué hizo usted esta tarde, entre las cinco y las seis?

—¿Otra vez con eso? —barbotó, furioso.

—Responda.

—No lo sé muy bien... Estuve paseando por ahí... No recuerdo exactamente...

—¿Tampoco recuerda a una amiga de Sheila llamada Florence?

—No.

—¿Ni una carta con membrete de urgencia?

—No sé a qué se refiere.

—Sabe demasiado poco, Ransom. Vaya refrescando la memoria. Sobre todo recuerde lo que hizo esta tarde. A la policía le interesará mucho.

—¡Yo no maté a Sheila! —gritó desafortadamente—. ¡Jamás lo hubiera hecho! ¡La quería!

—Lleve cuidado con esa historia.

—¿Por qué?

—No hace más que crear otro móvil, aparte del de la herencia: pudo matarla porque ella se negó a sus pretensiones, porque le rechazó.

Me miró con ojos inyectados en sangre.

—¡Maldito hijo de perra! —aulló, volviendo repentinamente a la carga.

Le esperé a pie firme. Antes de que me alcanzara le mandé con facilidad un directo al mentón que le dejó paralizado, luego le estampé el puño izquierdo en el pómulos, puso los ojos en blanco, tropezó con la mesa, derribó la botella y finalmente cayó al suelo.

Durante unos segundos intentó rehacerse, queriendo recobrar la verticalidad. Me quedé allí hasta que se quedó completamente quieto, inconsciente.

Cuando salí a la calle, negra como boca de lobo, no sabía exactamente por qué le había pegado: ¿por defenderme... o también por odio?

Sin respuesta llegué hasta mi apartamento. Me tumbé vestido sobre la cama y cuantas veces logré conciliar el sueño, desperté sobresaltado, repitiendo el nombre de Sheila. La luz del nuevo día

llenó el cuarto sin que hubiera logrado borrar de mi mente la faz angustiada de Sheila, con el cuello marcado por el cordón criminal.

Alguien lo había manejado, hombre o mujer. Y yo iba a dar con él, aunque fuera lo último que hiciera.

* * *

Me presenté en el Loop Hospital sin afeitarse, sin lavar, con las ropas puestas tal como las llevaba la noche anterior. Una amable enfermera me confundió con un indigente enfermo, pero rápidamente la saqué del error. Fue ella misma quien me indicó en qué planta se encontraba el Departamento de Ginecología y Obstetricia.

Me atendió la secretaria enfermera del propio doctor Evans. Era una mujer de mediana edad, morena, de ojos oscuros protegidos por unas gafas graduadas.

—El doctor Evans no puede atenderle. Lo lamento, señor Carter.

—Es muy urgente.

—Lo siento —repitió, encogiéndose de hombros—. Se encuentra en el quirófano.

—¿Cuándo saldrá?

—Después de esta cesárea, tiene una histerectomía... Venga a la hora del almuerzo. El come en el bar restaurante del hospital.

—Gracias.

De allí me marché al antro que solía frecuentar Lovely, *el Dandy*. El tipo se encontraba jugando al billar con otros dos. Al verme, dejó el taco y se acercó.

Pedí dos *whiskys*.

—¿Qué hay?

—Lo lamento, chico. Nada.

—Maldita sea. ¿Es que no va a existir ese Clive? —exclamé, defraudado y enfadado.

—Debía ser una nueva amistad de Farber, y seguro ya que no pertenece al oficio.

Se bebió el *whisky* de un trago.

—Si quieres que siga, adelántame cincuenta. Hoy día nadie abre la boca si no es para comerse un billete.

Le solté la pasta con la esperanza de que esta vez fructificara.

—Olvida el billar, ¿eh? —dije, apurando mi vaso.

—Seguro, jefe —me sonrió.

Pagué las consumiciones y me largué. Decidí dejarme caer por la oficina.

Daisy continuaba chupando el lapicero y el señor Widmark leía el periódico de la mañana con un humor de perros. Me miró por encima de las hojas y ladró:

—¿Hay algo?

—Supongo que ya lo sabe —señalé la primera plana del diario. Había una foto de Sheila y un titular con letras de molde que hacía referencia a su asesinato.

—¡Algo que no digan los periódicos, condenación! —Arrojó las hojas sobre su mesa escritorio.

—No, jefe. Por ahora, no.

—Entonces, ¿por qué aparece por aquí? ¡No quiero verle hasta que consiga el collar! ¡Si no lo logra, considérese despedido!

—Sólo he venido para conocer los avances de la policía. Imagino que usted está en contacto con ella, ¿no? —Tomé el periódico para curiosearlo. Referente a la muerte de Sheila no decía nada nuevo.

—Ese Lancaster debe ser tan inepto como usted, Carter. No avanza..., aunque hace una hora me ha llamado comunicándome que ha llegado a sus manos el informe sobre la extraña muerte de un ladrón habitual, un tal Farber. Va a entrar en contacto con los del Precinto que han llevado el caso. Veremos qué da de sí. No confío mucho. ¿Me oye, Carter?

La verdad es que no le hacía mucho caso, a pesar de que lo que contaba podía afectarme, sobre todo si la amiguita de Farber había dado una buena descripción mía. Thomas Lancaster en seguida me identificaría.

Yo sólo tenía sentidos en esos momentos para determinada información de la página de sucesos. Era una noticia bastante escueta: una mujer indocumentada había sido encontrada en el Hudson River. Se la describía como una señora de unos cuarenta años, de cabellos rubios y ojos claros, estatura mediana, vestida con ropas sencillas, blusa azul y falda blanca, varios anillos en los dedos de las manos y profusión de pulseras en las muñecas. No se aclaraba las causas de su muerte.

—Carter, ¿me escucha?

—Hasta luego, jefe —le tiré el periódico sobre la mesa

escritorio.

—¡Carter!

Salí de allí corriendo, con una duda que me corría por dentro. Conduje alocadamente por las calles, hasta aparcar frente a la Morgue.

Me salió al paso un empleado de aspecto enclenque.

—He leído una información sobre una mujer que encontraron en el río. Por los datos que facilitan en el periódico he pensado que tal vez pudiera ser mi cuñada. Desapareció hace unos días y no sabemos de ella nada desde entonces. ¡Deseo verla, por favor!

La ansiedad que me embargaba no era ficticia. El empleado no tuvo inconveniente en llevarme hasta la cámara frigorífica, pues en casos así se buscaba la rápida identificación. Aunque no la había visto perfectamente el día aquel en Bay Shore, cuando perseguía a Sheila, la reconocí en seguida, en cuanto me imaginé su perfil con el pañuelo y las gafas. Era ella, la mujer misteriosa.

Pero no fue eso lo que más me impresionó. Ahora, al poderle ver el rostro por completo, una luz estalló en mi cerebro, un presentimiento, una sospecha, me dejaron paralizado.

—¿Es ella, señor?

—No, no...

Me iba a marchar de allí cuando apareció un policía de paisano. Era un sargento detective del Precinto que llevaba el caso de la mujer misteriosa. Venía a por el resultado de la autopsia y traía noticias.

No tuvo inconveniente en contarlas delante de mí.

—Ya ha sido identificada, Moss —le dijo al empleado de la Morgue—. Era una vulgar prostituta del Bronx. Se llamaba Helen Windsor. La teníamos fichada. ¿Qué hay de la autopsia?

—Murió ahogada. Pero presentaba también un golpe en la cabeza. Tal vez se lo produjera al caer, tal vez alguien le pegara... Estaba infestada de *whisky*, desde luego.

—Una puta borracha. ¡Vaya caso! ¡Bah!

Los dejé fumándose un cigarrillo y relatándose mutuamente las penas de sus oficios respectivos. Era la hora de presentarse en el Loop Hospital, y allí fui.

Efectivamente, encontré al doctor Gene Evans en el restaurante, almorzando.

Por el camino no había cesado de pensar en el asunto de la mujer misteriosa. Ahora tenía un nombre y una profesión. Pero ¿cuál podía ser su relación con Sheila y con el robo del collar?

—Ah, sí, la señorita Parker me habló de usted —cabeceó el médico después de que me presentara y estrechara su mano—. Siéntese, por favor. ¿Gusta?

—Que aproveche.

Gene Evans era un hombre de cincuenta años de edad, carirredondo, de ojos negros y pequeños, nariz afilada y boca de labios gordezuelos. Almorzaba solo, ocupando toda una mesa. Comía mucho, y eso se notaba en su anatomía, algo obesa.

—Bien, puede hablar mientras yo sigo con lo mío, señor Carter.

—Ya le he dicho que soy detective y que trabajo para una compañía de seguros. El caso que llevo en la actualidad entre manos es el del collar *Braddock*. ¿Ha oído hablar de él?

—Algo me va por la cabeza. Sí, creo que leí que lo habían robado...

—Eso es. A la señorita Sheila Ransom. Conocía a los Ransom, ¿verdad?

—Pues sí, señor.

—Usted atendió en el parto a la señora Debra Ransom.

—Sí, sí —sonrió—. Está usted muy bien informado.

—Demasiado —puntualicé—. Sheila Ransom no era hija de los Ransom.

El apetito se le cortó de repente. Tomó la servilleta y se limpió los labios, mirándome fijamente.

—¿Cómo ha dicho?

—Lo ha oído muy bien. Sólo he venido a confirmarlo y a que proporcione algunos datos.

—Creo que se equivoca conmigo.

—No. El que se equivoca es usted. No sé si sabrá que Sheila Ransom ha sido asesinada. Este asunto va a estallar de un momento a otro, y la policía no tardará en aparecer por aquí. Yo sólo me he adelantado, señor Evans.

Se quedó pálido. Luego, se puso en pie y me hizo una indicación para que le siguiera. Nos trasladamos hasta la planta donde se encontraba su Departamento y allí estuvo consultando los archivos. Una de las cosas más importantes fue conocer el nombre de la

madre soltera que realmente dio a luz a Sheila: era Helen Windsor.

CAPÍTULO IX

La sospecha acababa de ser confirmada. La mujer misteriosa era la verdadera madre de Sheila, tal como había presentado al verla en la Morgue. Tenían un gran parecido, a pesar de la diferencia de los años.

De alguna forma Helen Windsor había sabido de su hija. De ahí la vigilancia a la que la sometió, tal vez para cerciorarse. De ahí el querer entrar en contacto con ella. De ahí su pretensión de ayudarla en lo del collar...

Pero ¿qué podía saber del robo? ¿Había muerto precisamente por eso... o accidentalmente?

El doctor Gene Evans no opuso ninguna resistencia, más cuando le informé que esa mujer también había muerto, y así pude documentarme ampliamente, sobre todo leyendo la ficha de Helen Windsor.

Había cosas muy curiosas, muy llamativas, que provocaron que mi corazón, atravesado por un rayo de esperanza, se acelerara.

Le di las gracias al médico y, rápidamente, me trasladé a la dirección que me había anotado en la agenda de bolsillo. Era una vieja casa de la East 15th Street, no muy lejos de Union Square.

Allí vivía el matrimonio Parks con quien yo tenía mucho interés en hablar.

Subí al piso cuarto sin ningún inconveniente porque en la portería no había nadie. Por más que pulsé el botón de llamada, nadie me abrió.

En cambio, la que sí se abrió fue la puerta de enfrente. Una mujer de pelo canoso, entrada en carnes, me sonrió amigablemente desde el umbral.

—¿Le puedo servir en algo, señor? Los Parks no están. Si es un

cobrador, tengo permiso para abonarle...

—No. Quería hablar con ellos. Asunto personal.

—Pues hasta las cuatro y media o cinco menos cuarto no regresan. Ambos trabajan. Las cosas no les van bien. ¿Quiere pasar y les espera?

—No, gracias. Volveré en otro momento. Por cierto, ¿y la hija?

—¿Linda?

—Sí, creo que se llama así... —asentí, aunque no tenía la menor idea.

—Ella ya no vive aquí. Se largó de casa.

—Oh, vaya. No lo sabía.

—Ellos están muy abatidos. Les afectó mucho.

—Bien. Volveré más tarde. Gracias por todo.

—De nada.

Aproveché las dos horas que faltaban para la llegada de los Parks para tomar unas hamburguesas con cerveza en un *snack*-bar, y luego trasladarme hasta el Bronx. Seguía sin olvidar a Helen Windsor. Si la policía que llevaba el caso no iba a poner mucho empeño, yo sí.

Me costó mucho más de dos horas dar en los barrios bajos con alguien que conociera a fondo a Helen Windsor, pero no me importó. Sabía que estaba sobre el buen camino. Y los Parks no iban a escapar.

Había hablado con varios chulos y pupilas para finalmente acabar ante una mujer de una edad aproximada a la de Helen Windsor, morena, muy pintarrajeada. Poseía unos pechos enormes que casi se desbordaban por el escote.

Respondía al nombre de Harriet y frecuentaba el mismo bar que la muerta. Tenía cierta intimidad con ella, de las muchas horas aburridas que habían matado juntas acodadas en la barra, esperando el palomo.

—¿Es policía? —Fue lo primero que me preguntó, mirándome a través del humo del tabaco. El ambiente del Dixie Bar era asfixiante.

—No. Detective de una compañía de seguros.

—¿Y por qué se interesa por Helen?

—Ella tenía relación con el asunto que investigo. Su muerte ha sido muy oportuna.

—Oh.

—¿Quiere otra copa? —Miré su vaso vacío.

—Bueno.

Llamé al barman y encargué un par de *whiskys* con hielo.

—¿Ha hablado usted con la policía?

—Estuvieron aquí, con sus sucios modales de siempre.

—¿Qué les contó?

—Nada —tomó el vaso servido—. Ni siquiera tuvieron la amabilidad de invitarme a un trago. ¿Usted sabe por qué hacen esas redadas de prostitución todos los meses? ¡Para sobarnos! ¡Son unos reprimidos! —Escupió al suelo.

—Ya. ¿Y qué le contaron a usted sobre el caso?

—Un accidente. Dicen que estaba borracha, tropezó, se golpeó y cayó al agua. De todas formas, vinieron a darse un garbeo por aquí e incordiar. ¡Son unos cabrones!

Su lenguaje era algo vulgar y chabacanero, pero no se le podía pedir más. Aparte eso, se la notaba furiosa.

—Me he pasado más tiempo en la cárcel que en la calle —me explicó, apurando el vaso—. Otros, que hacen cosas peores, siguen por ahí gozándola.

—¿Y qué cree usted?

—¿Sobre qué?

—La muerte de Helen.

—No sé... Estoy dudosa...

—¿Otra copa?

—Vale. Para cuatro días...

Le hice una nueva seña al barman. En cuanto le sirvió, le pregunté a ella:

—¿Cómo se encontraba Helen últimamente?

—Estaba algo nerviosa, excitada...

—¿Por qué?

Yo seguía bebiendo mi *whisky* a pequeños sorbos, observándola detenidamente, tratando de averiguar si me mentía o no.

No me lo dijo. Pero la última noche que la vi me pidió un favor especial.

—¿Cuál?

—Si a la noche siguiente no nos veíamos, debía enviar una carta con sello de urgencia.

Respingué.

—¿Eso hizo?

—Sí, claro. ¿Por qué se alarma?

—Olvidelo. ¿Recuerda el nombre del destinatario?

—Era un nombre de mujer... Espere... —Se quedó pensativa unos instantes—. Sheila, sí, me parece que era Sheila... no sé qué mas...

Todo empezaba a encajar.

—Es suficiente —le dije—. ¿Qué me puede contar de la vida de Helen?

—No hacía nada del otro mundo. Nos pasábamos las horas aquí o en la cama, con un tío encima.

—Hablando de tíos... ¿Había alguno en su vida, aparte los clientes?

—Muchos. La pobre no tenía suerte. Siempre se lamentaba de los hombres. Todos cuantos había querido, la habían engañado o abandonado. El primero, incluso, la dejó embarazada. Ahora creo que tenía relación con un tal Clive...

—¡Clive! —A punto estuve de derribar el vaso, tanto me emocioné, recordando el nombre del posible socio de Louis Farber—. Clive, ¿qué más?

—No sé tanto, amigo.

—Es importante.

—Pues no tengo ni idea.

—¿Podría enterarse?

—Humm... Tal como están las cosas... ¿Acaso Helen se encontraba metida en un grave aprieto? ¿Acaso... acaso la asesinaron?

—Tal vez, no la voy a engañar.

—¿Ese Clive?

—No lo sé. Es lo que trato de averiguar.

—Pero me dijo que no era policía.

—Yo investigo el robo de un collar asegurado por mi compañía. Ellos podían estar involucrados.

—Ajá.

—¿Qué dice?

—Si realmente alguien le hizo mal a Helen, yo le ayudaré a dar con él. Me ha caído usted bien, amigo.

—Llámeme Ross. Aquí tiene cien dólares, por sus primeras pesquisas, y ésta es mi tarjeta. Tengo el automático instalado en mi oficina. Si no estoy, diga lo que sepa, quedará grabado. ¿De acuerdo?

—Sí.

—Prometo darle más, si localiza al tal Clive.

—Lo intentaré, Ross.

La mujer me dedicó una de sus mejores sonrisas. Le correspondí con otra mía y me alejé de allí. Media hora después llegaba de nuevo a casa de los Parks.

Me abrió la puerta una señora de cincuenta y cinco años, delgada y encorvada, de ojillos ratoniles y pelo canoso, recogido en un moño atrás. Se cubría con un sencillo vestido estampado.

Me presenté, tras saludar.

—Oh, es usted el hombre del que me habló Lorna...

Supuse que se refería a la vecina y asentí.

—Pase usted.

Lo hice, encontrándome en el recibidor con un hombre alto y fibroso, de una edad aproximada a la de la mujer. Le escaseaba el cabello, tenía unas gruesas bolsas bajo los ojos y su nariz era aguilena. Se encontraba en mangas de camisa, brazos en jarras.

—Peter Parks —dijo al estrechar mi mano.

Los tres pasamos al interior, acomodándonos en un coqueto *living*.

—Deseo hablar de su hija —dije, yendo al grano.

—¡Linda! —exclamó la mujer, sobrecogiéndose. El marido le pasó un brazo por los hombros. Los dos se habían sentado frente a mí.

—Al parecer se fue de casa —dije.

—Eso es —asintió la señora, y observé asombrado que comenzaban a lagrimearle los ojos.

—¿Por qué?

Entonces tomó la palabra el señor Parks:

—Supo que era adoptada, tuvimos una disputa, nos llamó mentirosos y cerdos. Se fue.

—Ya. ¿No saben adónde?

—La verdad es que no volvimos a tener noticias de ella hasta hace poco. Yo la busqué entre sus amistades, pero nadie lo sabía o

nadie me quiso ayudar. No hace mucho una amiga de mi mujer nos dijo que la había visto trabajando como dependienta en un *drug-store*. Fuimos allí, pero organizó un escándalo tremendo. Tuvimos que dejarla, abochornados.

—¿Me puede decir de qué *drug-store* se trata?

No tuvo inconveniente. La mujer lloraba ahora a lágrima viva. El marido me miró compungido:

—Discúlpela. Está muy afectada. En pocos días han sido muchas emociones, todas relacionadas con Linda.

—¿A qué se refiere?

—Otra persona estuvo también preguntando por Linda no hace mucho, como usted.

Fruncí el ceño, preocupado.

—¿Quién?

—Un joven. No recuerdo su nombre. Dijo que era amigo de Linda de la época del colegio. Parece ser que tuvo que marchar con sus padres a California, ahora había vuelto y quería saludarla.

—¿Le dieron la dirección del *drug-store*?

—Sí.

—¿Cómo era ese joven?

Los datos que me facilitaron coincidieron exactamente con Robert Holmes, el amiguito de Eve Tyler, la prima de Sheila.

CAPÍTULO X

Me trasladé al *drug-store* de la West 122nd Street, más arriba de la Columbia University. Allí me encontré con un tipo de pelo pajizo, muy delgado, el cual, con una sonrisa servicial, me preguntó:

—¿Qué desea, señor?

Miré a mi alrededor y no vi a chica alguna.

—Busco a Linda —respondí.

—No la conozco —parpadeó sorprendido por mi contestación—.

En este establecimiento no se... no se ofrecen chicas, señor.

—No se trata de eso —sonreí amigablemente—. Ella trabaja aquí.

—Lo siento, señor, pero yo no la conozco. Mire, ahí tiene al encargado.

Por una puerta lateral había aparecido un hombre cincuentón, rubicundo. El dependiente le hizo una seña para que acudiera, luego le informó. Nos tuvo que dejar solos porque otro cliente le reclamaba.

—Ah, la zorrilla esa —exclamó el encargado del *drug-store*—. Me dejó plantado, de pronto, sin avisar. Está visto que no se puede ser bueno...

—¿Qué pasó?

—Un joven vino preguntando por ella, como usted, y se largó con él. ¡Sinvergüenza! Tuve que contratar rápidamente a ése —señaló con la barbilla al muchacho de pelo pajizo.

—¿Recuerda cómo era el joven que se la llevó?

—Sí, más o menos...

Y me dio una descripción que le cuadraba perfectamente a Roben Holmes. Estaba claro que el amiguito de Eve se había movido con rapidez y casi adivinaba cuál era su intención, su

diabólico plan.

—¿No le dijo adónde iba?

—¡Pero si se fue sin despedirse! ¡Al diablo!

Le di las gracias y salí. Mi siguiente paso consistió en presentarme en el hotel donde trabajaba Robert Holmes. Allí me llevé una gran sorpresa.

—Robert pidió la baja anteayer —me informó el director del hotel—. Está enfermo.

¿Enfermo? No me lo creía, pero no quise entrar en discusión con aquel hombre porque posiblemente no supiera nada. Le pedí la dirección de Holmes y no tuvo ningún inconveniente en dármela.

El conserje del edificio donde vivía el sujeto de marras me dio una sorpresa aún mayor.

—Lo siento, pero no está, señor.

—Pero si me dijeron que se encuentra enfermo...

—Tal vez. Pero aquí, no. Lleva por lo menos dos días sin aparecer.

Tragué aire y reflexioné. Finalmente decidí que no había otra salida que hacerle una visita de cumplido a Eve Tyler. Ella podía estar muy bien metida en el asunto, aunque no quería creer eso y me inclinaba más por otra teoría: había sido utilizada por Holmes para saber sobre los Ransom.

Pero tampoco había que olvidar las palabras de Fess Anderson: se muere de envidia por su prima, es una gran envidiosa... ¿Habría sido capaz...?

Por el camino le estuve dando vueltas a todo esto y cuando llegué a su casa, en el distrito de Chelsea, en Manhattan, dio la casualidad que en ese momento ella apareciera por el portal. Me arrugué en el coche, evitando que me viera y reconociera. Asomé tímidamente el rostro y pude observar cómo se dirigía a su auto, un Pontiac anticuado.

Decidí seguirla. Caso de que realmente no estuviera implicada, siempre habría tiempo de charlar con ella.

Tomó la Amsterdam Avenue y no la abandonó hasta su final, a la altura del George Washington Bridge. Precisamente gracias a este puente dejamos George Manhattan, cruzamos el Hudson River y entramos en el condado de Bergen.

Todo aquel trayecto ya me pareció un tanto raro y comencé a

cambiar de opinión sobre ella.

Por la Sylvan Avenue llegamos a una nueva urbanización de *bungalows* que no parecía estrenada. El paraje aparecía solitario y silencioso en aquel atardecer. Ella detuvo el coche ante uno de los impolutos *bungalows*, bajó y llamó a la puerta. Alguien le abrió y desapareció en el interior.

Dejé transcurrir un par de minutos y entonces me decidí a acercarme.

Pero la suerte no me acompañó.

Al llegar a la entrada, la puerta volvió a abrirse, apareciendo la joven.

Me reconoció al momento.

—¡Bob! —chilló.

Yo me lancé hacia adelante y evité que cerrara. La empujé entonces hacia adentro, violentamente, sin ningún miramiento. Robert Holmes ya había hecho acto de presencia con una pistola en la diestra.

Le di un patadón que le cogió de total sorpresa. Era evidente que no tenía mucha soltura con las armas. Su indecisión al entrar en escena le había costado quedarse sin pistola.

Intentó golpearme, al tiempo que su boca escupía una maldición. Detuve su puño con mi antebrazo y luego le pegué en el mentón. La pared cortó en seco su carrera, rebotó contra ella y vino de nuevo contra mí. Eve Tyler gateaba por el suelo, tratando de atrapar la pistola. Mi pie derecho le dio en las nalgas y la dejó tendida, lejos del arma.

El puño de Robert Holmes ya venía hacia mí como una exhalación, y sólo pude esquivarlo un poco. Quedamos juntos, cuerpo a cuerpo, y yo aproveché para incrustarle mi puño derecho en el estómago. Resopló sobre mi hombro, yo lo separé unas pulgadas y le volví a atizar, ahora en el hígado. Se quedó boqueando, a mi merced.

Entonces Eve Tyler me atacó por la espalda, ya recuperada, dispuesta a enseñarme cómo rasgaban sus garras. No tuve mucha compasión. Me giré y le di un mandoble en el pecho que la dejó sin respiración, con los ojos muy abiertos. Por un rato ya no me molestaría con sus afiladas uñas y sólo se preocuparía de encontrar aire y no ahogarse.

Robert Holmes aprovechó esos instantes para recobrar alguna fuerza. Cayó sobre mí con fiereza y los dos nos estrellamos contra la pared. Mi espalda fue la que más se resintió. Luego quiso golpearme con la cabeza en el plexo solar, pero yo antes le coloqué un estupendo gancho que le impulsó la cabeza hacia atrás. Seguidamente le marqué el rostro con un par de puñetazos, abriéndole una ceja y saltándole algún que otro diente. No le di respiro, y le castigué el hígado y el bajo vientre. Gimió. Se encogió. Con la zurda le tomé por los pelos, le levanté el rostro y se lo sellé con un mazazo.

Definitivamente, cayó.

Jadeando, me aproximé a la dolorida Eve Tyler. Me miraba con odio.

—¿Dónde está? —pregunté, al tiempo que me agachaba para recoger la pistola.

Por toda respuesta, me escupió.

Yo se lo agradecí con un guantazo que a punto estuvo de colocarle la cara al revés. Seguidamente la arrastré por los pelos, obligándola a acompañarme habitación por habitación.

En el dormitorio encontré a una joven idéntica a la chica de mis sueños, a la adorada Sheila, estrangulada por una misteriosa mano criminal.

Se hallaba atada y amordazada. Los dos nos miramos fijamente durante unos emocionados segundos.

Sólo cuando le quité la mordaza y exclamó:

—¡Ross, cariño...!

Supe realmente que me encontraba ante la auténtica Sheila. Mi amada Sheila.

CAPÍTULO XI

Terminé de desatarla y ella se abrazó jubilosa a mí, llenándome de besos.

Nunca antes me había sentido mejor. El rayo de esperanza vislumbrado al leer la ficha de Helen Windsor se había convertido en realidad, en hermosa realidad.

—¿Cómo has dado conmigo, Ross, cariño?

Primeramente le rogué que me ayudara a atar a la furiosa Eve. Y más tarde nos ocupamos del todavía inconsciente Robert Holmes.

Entonces le expliqué lo que su tío Lon me había contado, el descubrimiento del cadáver de Helen Windsor, la mujer misteriosa y también su madre, su auténtica madre. Pero lo más importante era lo que había leído en la ficha médica de Helen Windsor: ¡había dado a luz gemelas!

¡Gemelas! Fue cuando recordé el extraño comportamiento de Sheila la última vez que nos vimos, la mentira de la llamada de la amiga Florence... y tuve el presentimiento de la suplantación. Por ello seguí la pista de la otra hermana, adoptada por un matrimonio llamado Parks.

—¡Oh, Ross, qué alegría volverte a ver! —continuó abrazada a mí—. ¡No sabes el miedo que he pasado!

—Pero no todo está solucionado —dije, mirando hacia la pareja. Robert Holmes comenzaba a volver en sí—. Aún quedan otras cosas por saber. Por ejemplo, ¿qué pasó contigo, Sheila?

—Eve me telefoneó, citándome en Bay Shore. Salí, pero la cita no era más que una trampa. Me golpearon y la otra... mi hermana..., ocupó mi puesto.

—Será interesante oír la historia de boca de ellos. ¿Quién se decide a hablar?

Les apunté significativamente con la pistola. Robert Holmes, algo asustado, miró a Eve y dijo:

—Todo fue idea de ella.

—¡No seas cobarde, Bob! —le espetó ella, rabiosa, dedicándole una mirada de desprecio—. ¡Tú estás metido hasta el cuello como yo!

—No discutáis y empezad. ¡Hay un robo y varios crímenes por medio!

—¡De eso no sabemos nada! —protestó vivamente Eve Tyler—. ¡Nunca nos hubiéramos manchado las manos de sangre! ¡Nuestro propósito era conseguir un buen pellizco y largarnos a Europa a disfrutarlo!

—Me tendrás que convencer.

—La historia es muy sencilla —empezó a explicarnos—. Yo me quedé embarazada. No quería el hijo e hice averiguaciones para saber quién podía realizarme el aborto con totales garantías de integridad. Fue precisamente Lon Ransom quien me recomendó un médico conocido, un ginecólogo llamado Gene Evans, me contó que él había atendido el parto de tía Debra y que por un fajo de billetes se convertía fácilmente en un desaprensivo. Eso me mosqueó, le intenté sonsacar, pero no conseguí nada. El tipo en cuestión, ése Gene Evans, no sólo se contentó con el dinero, también quiso darse un lote conmigo. Entonces aproveché para saber de lo de tía Debra. Un día hurgué en sus archivos y averigüé la verdad completa. Entonces se me ocurrió el plan.

Hizo una pausa, pero yo no le quise dar tregua.

—Sigue —le exigí.

—Hablé de todo esto con Bob —le dirigió una mirada venenosa—, y estuvo de acuerdo. El se encargó de localizar a Linda Parks. Ella era una chica ambiciosa, había renegado de sus padres adoptivos y sólo quería dinero para largarse a California. Durante unos días la estuvimos documentando sobre la vida de Sheila, sus costumbres, las personas que la rodeaban, todo eso. No era necesario mucho, pues en veinticuatro horas pensábamos dar el golpe. Cuando tuviera problemas, bastaba con que se excusara con un ligero malestar... Todo salió a pedir de boca hasta que unas horas después, de pronto, inopinadamente, nos llegó la noticia del asesinato de... Linda. ¡Quedamos totalmente sorprendidos!

—¿No llegó a deciros nada Linda?

—No.

—¿Qué sabéis de una carta con sello de urgencia enviada a Sheila?

—Nada. La primera vez que oí hablar de ella fue allí, en la finca, cuando la nombró Lana... De verdad que no sabemos nada de lo ocurrido a Linda. Actualmente nos encontrábamos anonadados, sin saber qué hacer. Lo sucedido no entraba en nuestros planes. ¿Por qué querían matar a Sheila?

—¿A Sheila o a Linda? —puntualicé yo—. Ésa es la cuestión. No está claro.

Sheila me miró:

—¿Qué piensas, Ross?

—Mmm... Tu madre dejó una carta a una amiga para que te la enviara caso de que ella no volviera aquella noche, la de la cita. Debía temer algo. Y pienso que la descubrieron y mataron, simulando un accidente: una prostituta borracha que se cae al río. Pero no tuvieron en cuenta la carta, que llegó a su destino. Claro que no la recibiste tú, sino tu hermana gemela Linda. A partir de ahí, es conjetura todo. ¿El asesino lo sospechó? ¿Linda quiso jugar con fuego por su cuenta y riesgo y se quemó? Me inclino por lo segundo, dado su extraño comportamiento, despidiendo a la servidumbre. Yo diría que al conocer el texto de la carta, pensó en el chantaje, por ejemplo, y citó al asesino en la finca.

—Esa chica era muy ambiciosa —repitió Eve Tyler.

—Sí, tal vez —cabeceé—. Y la ambición le ha llevado a la tumba.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Sheila.

—Tratar de encontrar al asesino.

—¿Sabes quién es? ¿Sospechas de alguien?

—Hay un firme candidato.

—¿Quién?

—Un amigo de tu madre, un tal Clive. Una compañera de tu madre está tratando de conseguir más datos sobre él. Iremos a hablar con ella, me coge más cerca que trasladarme hasta mi oficina. Le dije que me llamara allí.

—¿Y ellos? —señaló a la pareja que había planeado la suplantación.

—Los vamos a dejar aquí. Ya llamaremos a la policía para que se hagan cargo de ellos. Aquí no darán guerra.

—¡Eh...! —Fue a protestar Robert Holmes. Eso me decidió a amordazarlos también.

Poco después nos alejábamos de allí, llevando conmigo la pistola de Robert Holmes. Cuando llegamos al bar del Bronx que frecuentaba Harriet, ésta no se encontraba y tuvimos que aguardar consumiendo unos martinis.

Aprovechamos aquella media hora para hablar de nuestras cosas, de la felicidad que nos embargaba, para recrearnos con la vista en la contemplación del otro. Lo que yo experimentaba era muy difícil de explicar, del mazazo brutal de saberla muerta a tenerla de nuevo ante mí, sonriéndome, dedicándome palabras cariñosas, de amor... Por un momento pensé que yo era el único ser de la Creación que había conseguido que un ser querido volviera de más allá de la muerte. Y eso me hizo sentirme el más dichoso de los mortales.

Cuando Harriet apareció por allí, le hice una seña con la mano y acudió corriendo.

—Siento que el tipo estuviera muerto.

—¿Qué dice? —me alarmé.

—Pero ¿no ha recogido el encargo?

—No he pasado por la oficina.

—Oh.

—Explíquese.

Buscó una silla y tomó asiento entre nosotros dos. Miró a Sheila y se la presentó.

—Es cierto. Tienes un gran parecido con tu madre —comentó—. Yo vi fotos de ella de joven. ¡Eres muy bonita!

—Gracias.

—Me alegro mucho de conocerte.

—¿Qué hay de ese Clive? —pregunté interrumpiendo la conversación entre ellas.

—Bueno, supe en seguida del tipo porque corrió la voz de que un hombre había aparecido ahorcado dos calles más arriba. Se llamaba Clive Donovan. Eso me hizo entrar en sospechas... que al poco me fueron confirmadas por Betty, una compañera. Le conocía un poco y me contó que le había visto con alguna frecuencia con

Helen últimamente. En seguida le telefoneé para comunicárselo.

Apreté los labios, contrariado.

—Y ahora, ¿qué? —preguntó Sheila.

Eso mismo me decía yo. Era el final. Un final sin solución.

—Dijo que había aparecido ahorcado, pero... ¿suicidio o asesinato?

—Bueno, los comentarios que se hacían se inclinaban por la primera teoría. De todas formas, habrá que esperar a que la policía investigue más a fondo, ¿no?

—Sí, claro.

—Pero no será de extrañar que lo declaren como suicidio. Al parecer, Clive Donovan atravesaba un mal momento. Había perdido su empleo en el Gran Casino.

—¿En el Gran Casino? —pregunté con un hilo de voz.

—Sí. Trabajaba allí como *croupier*. Tuvo problemas y le despidieron. ¿Ocurre algo?

No le contesté. Ya me había puesto en pie, animando a Sheila para que me imitara. Los dos salimos de allí corriendo, dejando a Harriet estupefacta. Una idea bullía locamente en mi cerebro.

CAPÍTULO XII

La habitación se encontraba en completa oscuridad. El silencio era ominoso. La espera, tensa.

No me había costado mucho convencer al teniente Conally con mi sospecha, más cuando le confirmaron que la muerte de Clive Donovan acababa de ser calificada como asesinato. Estaba claro, por tanto, que en el asunto había alguien más, alguien que debía tener relación con el mundo de Sheila.

La joven se encontraba sentada en una butaca, frente a la puerta de entrada. Aunque no la veía, la imaginé nerviosa, excitada. El plan era algo arriesgado, pero podía dar sus resultados. Era la única baza para atrapar al asesino, ya que todos sus colaboradores habían muerto. Mi idea consistía en aprovechar que hasta el momento no se había corrido la Voz del rescate de la auténtica Sheila.

De pronto, se oyó un portazo. Luego, pasos que se aproximaban. Por fin la puerta se abrió y la luz se hizo en la habitación.

Desde mi escondite, compartido con el teniente Conally, tras unas cortinas, pude observar cómo Sheila se ponía en pie y decía:

—Buenas noches.

El hombre retrocedió, espantado.

—¡Usted, señorita Ransom!

—Sí —cabeceó ella, sonriendo como un espectro feliz—. He vuelto.

—No, no es posible —balbuceó el hombre, desorbitando los ojos.

—He vuelto dispuesta a vengarme, a no dejarle disfrutar de mi collar.

—¡Está muerta!

—Eso creía, pero ya ve que no. Me la jugó sucio. Yo sólo quería mi collar, nada más. Usted, en cambio...

—¡No puede ser! —insistió—. ¡No es realidad!

—Estoy aquí. Soy realidad. Mire cómo camino...

Sheila echó a andar hacia él. Lo hizo pausadamente, creando un hondo terror en el hombre, el cual no apartaba sus ojos de ella, tratando de encontrar algo que le sacara de aquella pesadilla que estaba viviendo.

—Tóqueme —le desafió la joven.

La respiración del hombre se escuchaba poderosamente, como la de una bestia.

—Imposible.

—Tóqueme.

Por fin alargó las manos. Le temblaban ostensiblemente. Ella continuaba sonriendo. El, sudaba.

La tocó tímidamente en los brazos. Se cercioró de que aquello era algo sólido. Luego, sus manos subieron hacia arriba y alcanzaron el cuello de la joven.

Murmuró algo ininteligible.

—Se portó muy mal conmigo —le recordó ella—. No sólo me traicionó a mí, sino también a mi padre, la confianza que él depositó en usted.

—¡Está muerta! —insistió, rugiendo—. ¡Está muerta!

—No fue suficiente aquel cordón de cortina. Y ahora ha llegado su final. Vendrá conmigo y conocerá ese mundo tenebroso al que me envió...

—¡Morirá! —se desquició de pronto el hombre, apretando las manos sobre el cuello de Sheila—. ¡Morirá! ¡Esta vez no se salvará!

Sheila chilló angustiada.

Rápidamente, el teniente y yo aparecimos en escena, brotando de detrás de las cortinas que ocultaban el balcón. Corrimos hacia ellos. El teniente se ocupó del hombre, reduciéndolo fácilmente, mientras Sheila se abrazaba a mí.

El asesino nos miró asombrado.

—Se acabó —dijo gravemente el teniente, colocándole las esposas—. Queda detenido, Hank Lowell.

EPÍLOGO

Hank Lowell acabó confesándolo todo. Se encontraba en pésima situación económica por culpa del juego y no se le ocurrió otra cosa que robar el collar *Braddock*. Para ello entabló contacto con Clive Donovan, ex *croupier* del Gran Casino, donde él era cliente habitual. Sabía que éste estaba también en la mala y le propuso la faena. Clive Donovan aceptó y se encargó de buscar un experto en atracos: Louis Farber. Entre los tres, con los datos que proporcionó Hank Lowell, se planeó el robo. Y todo salió perfectamente... hasta que se coló por medio Helen Windsor.

Ésta era la amiguita eventual de Clive Donovan y al ver a éste nervioso consultar los periódicos que tenían noticias sobre el robo del collar *Braddock*, sintió curiosidad... y así vio una foto de Sheila. Para la mujer fue como verse a sí misma con dieciocho años menos. Tuvo el presentimiento de que se trataba de su hija y la vigiló y quiso entrar en contacto con ella, valiéndose del asunto del collar. Para ello trató de sonsacarle a Clive Donovan. Cuando éste se dio cuenta, ya era algo tarde aunque creyeron que liquidándola todo quedaba resuelto.

Pero no contaron con la carta. Helen Windsor les engañó un tanto, relatándoles únicamente la historia del reencuentro con su posible hija y ocultando que ya los había denunciado en una carta que había entregado a una amiga para que la tirara al correo si no aparecía por allí esa misma noche. Esa carta llegó a manos de la ambiciosa Linda Parks, la cual decidió hacer una jugada por sí sola. Telefonó a Lowell, le citó en la finca y se hizo la chica buena: dado el afecto y confianza que siempre le habían tenido, no le denunciaría a la policía, si aceptaba devolverle el collar. Ella debía contar con que cuando se descubriera el pastel, ya estaría bien lejos.

Pero Lowell le salió rana. Se encontraba desesperado, la pérdida del collar y la posible denuncia de la joven significaban su ruina, perdió los estribos y la mató. Realmente, aunque no lo quiso admitir, ya debió presentarse allí con una idea preconcebida, pues se ausentó de su despacho por la puerta trasera, sin que le viera nadie, encargándole a su secretaria que no le molestara por nada, pues tenía que estudiar seriamente un asunto.

Por otro lado, Clive Donovan, al igual que le pasó a su compinche Louis Farber, no era más que un pobre diablo, nada dado al crimen. Si el robo le puso nervioso, el asesinato de su amiga aún más. Y Hank Lowell decidió liquidarlo, con lo cual se ahorra el pago de una parte, simulando malamente un suicidio.

* * *

El entierro programado para Sheila se celebró de todas maneras, y sirvió para dar sepultura a su madre y a su hermana, de todos cuyos gastos se hizo cargo ella, sin ningún rencor. El acto se celebró en completa intimidad.

Abandonamos el cementerio y, durante el trayecto en coche, observé que ella permanecía callada, muy ensimismada.

—¿En qué piensas? —le pregunté de repente.

—Pienso en que he tenido dos madres, y me pregunto quién es la auténtica: ¿la que me parió o la que me crió?

Me salí de la carretera y detuve el auto. La encaré.

—No te tortures con eso. Cada una cumplió su función, dadas las circunstancias, muy distintas, que tuvieron que vivir. Y tú, por la sangre que corre por tus venas y por el ambiente en que has vivido desde siempre, tienes un poco de cada una...

—¿Y mi padre?

—Lo mismo.

—Pero ni siquiera sé quién era el otro. De pronto me siento angustiada, que algo falta en mi pasado...

—Preocúpate por el futuro, por algo que llene ese futuro y cierre la herida del pasado.

—Ross... —Una mano temblorosa acarició mis revueltos cabellos —, ¿tú me ayudarás?

—Sabes que sí, Sheila, porque estoy locamente enamorado de ti.

Nunca había dicho palabras más sinceras. Y para sellarlas mis

labios buscaron los de ella, besándolos.

FIN

Albert Rosbund es el pseudónimo del escritor Alberto Rosbound Izquitino.